

Y votamos por ella

Michelle Bachelet: miradas feministas

Ponencias presentadas en el Seminario Pensar la política,
hacer feminismo y lanzamiento del libro
6 de julio 2010

Teresa Cáceres

Editora

Publicación digital
Fecha: agosto 2010

 HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG
CONO SUR

FUNDACIÓN

INSTITUTO
DE LA MUJER

Índice

Presentación	05
Seminario Pensar la política, hacer feminismo	
¿Qué es lo importante para el feminismo hoy? o ¿qué me importa a mí del feminismo? María Ignacia Banda, Feministas Tramando	07
¿Heterocéntricas o diversas? Descripción de algunos fragmentos políticos lesbofeministas y de su relación con el movimiento feminista asociado a la heterosexualidad Toli Hernández, Ideas sin Género	13
Incidencia feminista en el momento actual: Una reflexión del Taller Articulación Feminista Producción colectiva de la Articulación Feminista, presentada por Gloria Maira	27
Intervenciones, diálogos y preguntas	39
Presentación del libro “Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas”	
Regine Walch, Fundación Heinrich Böll Cono Sur	49
Carmen Torres, Directora Ejecutiva de la Fundación Instituto de la Mujer	53
Bachelet: ¿Madre o política? Sonia Montaña Virreira, Directora de la División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)	57
Bachelet: Triunfo y fracaso de una expectativa política Olga Grau, académica e investigadora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile	65

**Seminario “Pensar la política, hacer feminismo”
y presentación de libro
“Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas”**

El martes 6 de julio de 2010 se realizó en el Museo de Arte Contemporáneo el seminario “Pensar la política, hacer feminismo”. La instancia de reflexión fue organizada por la Fundación Instituto de la Mujer y la Fundación Heinrich Böll Cono Sur.

El espacio se propuso abordar los desafíos de la política feminista a partir de las huellas del gobierno de Michelle Bachelet, en la perspectiva del nuevo contexto nacional. Las panelistas María Ignacia Banda, de Feministas Tramando, Toli Hernández, del Movimiento Unificado de Minorías Sexuales, y Gloria Maira, de la Articulación Feminista, abordaron tres ámbitos de preocupación en estos sentidos: qué es lo importante para el feminismo hoy, diversidades sexuales e incidencia feminista en el momento actual, respectivamente. La mesa fue moderada por Claudia Pascual, feminista, concejala por Santiago e integrante de la Comisión Política del Partido Comunista.

Posteriormente se realizó el lanzamiento del libro “Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas”, que articula las reflexiones de siete mujeres respecto a las implicancias simbólicas y políticas de la figura de la ex presidenta en la construcción de ciudadanía de género. Presentaron el libro Carmen Torres, directora ejecutiva de la Fundación Instituto de la Mujer y Regine Walch de la Fundación Heinrich Böll Cono Sur. Comentaron la publicación Sonia Montaña, Jefa de la Unidad Mujer y Desarrollo de la CEPAL, y Olga Grau, académica e investigadora del Centro de Estudios de Género y Cultura de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Presentamos a continuación las ponencias, las reflexiones y diálogos respecto que estas originaron, la presentación del libro y los consiguientes análisis y comentarios. Muchas de las reflexiones conservan el tono oral de la presentación.

¿Qué es lo importante para el feminismo hoy? o ¿qué me importa a mí del feminismo?

María Ignacia Banda, Feministas Tramando

El –a estas alturas– lugar común de la panelista casual y poco ambiciosa está tan aceptado y nos resulta siempre tan amigable que me imagino que nadie acá espera sinceramente que yo responda “qué es lo importante para el feminismo hoy”. Me alegro. Como salta a la vista, no tengo edad ni experiencia suficiente para acercarme a una respuesta convincente, es decir, que nos haga sentido a una buena cantidad de las y los presentes. Efectivamente pretendo ser, como panelista, casual y poco ambiciosa. Pero mi predilección por este tipo de preguntas, que rayan en la grandilocuencia, me sitúa en el lugar mismo de la ambición feminista, aquella que espera tanto del mundo que ni siquiera se satisface con la noción de utopía. No me seducen las utopías, puesto que remiten a una temporalidad siempre posterior, a un *algún día* que está más cercano a “deseemos lo imposible” que al “hagamos lo imposible”. Por lo mismo, no me seduce la idea de abandonar la pregunta a su suerte, sin respuestas, aunque más no sean simples opiniones. Pretender que no tengo nada que decir al respecto, después de un par de años opinando compulsivamente, participando y no participando de cuanta cadena y convocatoria se me atraviesa por delante, sería hipócrita de mi parte. Pero sin duda alguna, creo que más que *lo importante del feminismo hoy* podría hablarles de *qué me importa a mí del feminismo* en estos momentos. Lo importante del feminismo no lo puedo decir yo, pero espero que la pregunta se nos haga un poco más cotidiana. Al fin y al cabo, una de las principales atracciones de hacerme preguntas intimidantes es la invitación a la reflexión en colectivo. Responderlas sola, además de ser imposible, no tiene sentido ni gracia.

No sé si será signo de los tiempos, pero al principio me importaba todo. Y cuando digo todo, me refiero a *todo*. En ese sentido creo que muchas feministas de mi generación (y hablo de mi generación con cierta patudez, pues poco las conozco, o no mucho más que a mujeres de otras generaciones) partimos un poco por el final. En nuestro entusiasmo por ser las más críticas de las críticas, casi encarnaciones de la radicalidad, nos mantenemos por un largo tiempo en una especie de noviciado, en el

cual cada detalle importa: la forma de vestir, de carretear, de comer, de manifestarse –por supuesto–, y tienen especial valor las agallas con las que podamos ir a cada foro a decir ¡NO ESTOY DE ACUERDO!

A medida que pasa el tiempo, conozco gente, me decepciono y me vuelvo a entusiasmar, me desplazo cada vez más hacia el principio: Quizás veo en las feministas de los comienzos el valor incuestionable de hacer movimiento prácticamente desde la nada. Quizás en mis momentos de poca fe, veo a las mujeres tan desvinculadas de sí mismas y poco atentas a sus experiencias como hace un par de siglos, producto de procesos totalmente diferentes. De ahí, posiblemente, mi fascinación por lo previo, por la espontánea radicalidad de lo previo o de lo que parece básico. Participo en un colectivo que se ha propuesto ser un medio de comunicación para las mujeres y las feministas, tal como las primeras obreras textiles en Chile. Participo de otro colectivo –este tipo de vicios activistas a veces se hace inevitable– que tiene como fin último y razón de ser la amistad política entre mujeres, compartir el conocimiento, crear un cuarto propio abierto a la creatividad y la curiosidad de las mujeres que lleguen a él. Me acomoda este tipo de iniciativas, por supuesto siempre posibles de modificar. Pero me provoca cierta culpa también, cierta vergüenza de no ser lo suficientemente radical, incisiva, disidente.

Probablemente algo tiene que ver con los tiempos. Me enteré por un par de libros de que la mujer no era más el sujeto del feminismo y me sentí obligada a solidarizar con todo aquel que cupiese en mi idea de sujeto subalterno, en un sistema sexo-género. Antes de buscar o cuestionarme siquiera quién era yo políticamente, preferí declararme abiertamente *post identitaria* y, en tanto tal, se me hacía necesario identificarme con todas las posibles víctimas del patriarcado, pero a la vez no identificarme con ninguna. “Todas somos putas” suena de armas tomar. Suena también bastante solidario. Pero ¿he vivido alguna vez la experiencia de poner mis habilidades amoratorias en venta? Les confieso que no. Hablemos entonces en un sentido más figurativo. Todas somos putas, puesto que nuestros cuerpos en los esquemas actuales de consumo están a disposición del mercado. Suena convincente, pero algo de ello no me convence a mí. Puesto que mi cuerpo está a disposición de muchas cosas; de la industria alimentaria, de la moda, de los paradigmas sanitarios, de las empresas farmacéuticas. Pero no de un eventual cliente o cache. Imagino que hay entonces alguna diferencia, aún desconocida para mí, entre la prostituta simbólica y la prostituta concreta. Me pregunto, ¿en base a cuál de ellas politizo mi condición de mujer?, ¿es posible caer en el riesgo de confundirlas?, ¿hasta dónde se trata de una opción política y desde dónde de un *estilo*?, ¿es evitable?, ¿a qué decisiones en mi actuar en político colectivo me obliga el reencuentro con este *Real insoportable*, como lo llama Slavoj Žižek? En este caso, la única forma de simbolizar la mercantilización del cuerpo femenino puede ser, a mi parecer, establecer los límites entre

la experiencia concreta de ejercer la prostitución y todas las otras formas de enajenación del propio cuerpo, simbolizables en la figura de la prostituta, pero nunca abarcable por la misma completamente. Todo esto solo con el afán de hacer política en forma situada, saber quiénes somos y qué nos diferencia. Y, sobre todo, no convertir ni lo uno ni lo otro en una razón para romper el vínculo.

A propósito de la polémica que suscitó en no pocos espacios aquella propuesta desde la disidencia sexual de *un feminismo sin mujeres*, cuya provocación se agradece, me parece que en casos como estos las posturas *post identitarias* tienden a hacer de la *post* identidad, o la no-identificación, una identidad más, en la medida que segregan lo identitario haciendo de su negación a la identidad o la identidad múltiple un estilo de vida. Es muy cool “no ser”. Tan cool, que todas las que “son”, son retrógradas, esencialistas, biologicistas.

Un ejemplo cercano: El año pasado me tocó ver en una jornada sobre feminismo, teoría *queer* y academia, a una panelista joven que desde su posición en la academia fue consultada de cómo había sido su experiencia. Con los ojos ligeramente brillantes y una pronunciada sonrisa, ella respondió de una forma que recuerda a las posturas ecofeministas o del feminismo de la diferencia de corte más tradicional; habló de la acogida maternal de sus profesoras, de la comunidad femenina y el estilo femenino del conocimiento que estaban generando en su núcleo de estudios de género. Todo ello es cuestionable. Pero la primera pregunta desde el público fue de un estudiante, un hombre en mi humilde opinión, pero probablemente él no se identificaba como tal, y no fue más que una interpelación directa y llena de espanto frente a su pensamiento “retrógrado, ampliamente superado por la teoría *queer*”, aduciendo al desconcierto que provoca ver a una mujer hablando desde lo que ella misma interpreta como su *feminidad*. ¿En qué momento nos volvimos fascisto-constructivistas?, ¿qué articulación posible permite la descalificación del devenir mujer del que ninguna de nosotras puede renegar, y probablemente varios más tampoco? No estoy diciendo con esto que ese devenir mujer sea necesariamente valorable, enaltecible, pero al menos es importante sincerarnos: después de todo, si, como Teresa de Lauretis, definimos a la mujer como todo lo-que-no-es-hombre, tengo pésimas noticias: somos todas mujeres. No voy a excluir a nadie que se sienta descalificado, oprimido o sometido por su feminidad.

Así, como yo lo veo, varios feminismos, que podrían cumplir aún mejor la función de interpelar al feminismo más hegemónico y del sentido común –admitámoslo, el menos corrosivo– el típicamente asociado con la mujer blanca, heterosexual, de clase media, educada y nacional del país que habita, entre otras ventajas, se quedan en la forma y descuidan el fondo, si es que aceptan ustedes esa distinción. Es por eso que me

pregunto por lo importante, después de tantos reparos en el estilo que pretenden un sujeto ideal feminista, que termina siendo no solo impreciso, por esta sobreidentificación con lo subalterno –un gesto vacío que no obliga a nadie en particular (esto también es de Žizek)–, sino tan excluyente como el anterior. No se llama a detener la violencia, se hace de la violentada una tonta sumisa. No se aconseja despreocuparse de mantener la línea, se hace de ello un mandamiento. Los mandamientos rara vez fueron nuestro estilo, no veo por qué tendrían que serlo hoy, quizás hoy menos que nunca.

Así, muchos de los apellidos de los distintos feminismos me generan más dudas que certezas. ¿Soy *solo* una feminista joven, lo que puede significar que no viví la dictadura, que no tengo mucha experiencia –lo cual es cierto–, que es muy probable que caiga en inventar la pólvora respecto a los problemas que veo? ¿O acaso soy una FEMINISTA JOVEN, donde joven es sinónimo de agilidad, tesón, pasión irrefrenable o radicalidad galopante? Los estereotipos de *lo joven* me producen más angustia que afinidad, y lo *joven-feminista* no me deja opción. Ser una activista posible de sindicarse como joven en los últimos 15 años sigue siendo –entre otras cosas– cargar con la responsabilidad de distinguirse del chino Ríos y su famoso *no estoy ni ahí*, de modo que ¡todo nos tiene que importar! Entonces volvemos a la ética de lo post y a situarnos en completa solidaridad perpetua, como decía Oliverio Girondo, por convencionalismo. Parafraseándolo: ¿Una respetada activista de edad madura discute con su hija sobre la relevancia del post porno en la autonomía corporal de las mujeres? Solidaria de la activista madura, de la hija, del post porno y de las mujeres, aunque cada vez menos de estas últimas. Y eso es lo que últimamente me preocupa. Pues ni la clasificación en los parámetros de lo viejo o lo joven, ni la originalidad subversiva de la reapropiación de la pornografía como una de las tantas prácticas posibles me importa tanto como lo que en el libro que nos convocó aparece –otras podrán contarles mejor que yo– como la reanimación del sujeto político mujeres. Y si somos jóvenes o no, y si somos postporno o no, autónomas o no, casadas o solteras, enamoradas, anti amor romántico, poli-amorosas, sexodisidentes, vírgenes... no me importa tanto, en la medida que sepamos coincidir en una mínima cuota de subjetividad feminista común, utilizar nuestras distintas experiencias a nuestro favor en vez de renegar de ellas. Me pregunto qué tipo de política haríamos si enfrentáramos nuestras tensiones en vez de hacer de ellas una razón para segregar a las otras por pasivas, débiles, inconsecuentes o “amarillas”. Me pregunto qué tan pasivas, débiles, inconsecuentes o amarillas son las más rebeldes o radical chic de las feministas. Me pregunto por la latente rebelión de las sumisas. Me pregunto qué es realmente importante si vamos a hacer feminismo.

Supongo que no hay un *lo importante*. En los años setenta una escritora argentina que, por lo demás, nunca se definió como feminista, fue consultada en su calidad de personaje público relevante en la forma que sigue:

¿Dónde cree que está el problema más urgente de la mujer? A lo cual ella respondió: *Los conflictos de la mujer no residen en un solo problema posible de señalar. En este caso, y en otros, la consigna sigue siendo: “Changer la vie”,* cambiar la vida.

A mí me parece que ni ella, ni su breve pero elocuente respuesta deben ser desatendidas por no haber sido feminista, ni por haber sido blanca, ni por haber sido bisexual. Ni por nada.

¿Heterocéntricas o diversas? Descripción de algunos fragmentos políticos lesbofeministas y de su relación con el movimiento feminista asociado a la heterosexualidad

Toli Hernández, Ideas sin Género

Kate Millet afirma que, en el marco heterosexual del feminismo, que las feministas heterosexuales duermen con el enemigo. Dicho alcance surge desde el análisis crítico de los cruces entre feminismo y lesbianismo. El mismo ejercicio –pero de manera introductoria y ligado a fragmentos históricos de la política lesbiana en nuestro país– es el que pretendo realizar en las siguientes páginas en tanto asumo que es un camino ineludible para contestar la pregunta que se ha formulado.

La primera parte de esta exposición, laborada a petición del Instituto de la Mujer, se centrará en la descripción de la historia inicial del activismolésbico chileno. Una segunda parte describirá la escena en la cual se desarrolló el VII Encuentrolésbico Feminista en Chile. El tercer segmento intenta aportar –desde mi subjetividad– a una evaluación de la realidad feminista a través de un recorrido que relevará voces lesbofeministas chilenas.

Inicios del Movimientolésbico: Tensiones con el heterocentrismo

El surgimiento del movimientolésbico se remonta al asesinato de Mónica Briones, pero más que nada al feminismo incipiente que gestó la participación de algunas lesbianas en el II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe (realizado en Lima, Perú, en 1983). Allí se articuló un espacio no contemplado que reunió a más de 400 lesbianas y heterosexuales, definidas o no como tales, pero todas feministas, para analizar esta conjunción que intentó, en voz de Cecilia Riquelme, “Hacer real la diversidad plural del feminismo”. Dicho encuentro y el asesinato lesbofóbico de Mónica trazan el nacimiento de la Colectivalésbico Feminista Ayuquelén en 1984.

Ayuquelén funcionó en un espacio facilitado por La Morada, lo que fue mencionado en una entrevista otorgada a revista APSI en 1987. Esa fue la primera vez que se hablaba

pública y políticamente de lesbianismo en Chile, lo que inquietó a la organización de acogida. En palabras de Riquelme "...Había muchas hetero-feministas que no querían ni saber de las lesbianas. En muchos encuentros feministas fuimos ignoradas del 'menú'; incluso hay un montón de lesbianas que son parte del movimiento feminista, pero que nunca lo asumieron políticamente (...) se reunió toda la plana mayor y lo primero que dijeron fue "¿A quién le pidieron permiso para dar una entrevista en La Morada?". Y nosotras quedamos como "Ah, ¿entonces teníamos que pedir permiso? Descalificaron todo, y desconocieron algo que era lo más importante para nosotras: la visibilidad".

La versión de Margarita Pisano –citada como quien extendió la invitación para que se reunieran en el lugar– enfatiza que la actuación de las Ayuque –en ese momento– ponía en riesgo la seguridad de un espacio que estaba en el ojo de la dictadura. Esta postura se refuerza a través de la carta enviada por La Morada a la Revista APSI que indicaba que "Ayuquelén es uno de los tantos grupos que se reúnen en su local, que las entrevistadas dieron al tema un tratamiento superficial y sensacionalista que solo contribuye a reforzar los prejuicios existentes y que debieron prevenir las posibles represalias que la entrevista pudiera ocasionar a La Morada".

Por un lado –lo indicado a la fecha– quedó establecida la relación de alianza natural del feminismo con el lesbianismo, en tanto en ese momento no existió otro lugar político que les concediera un espacio de reunión, siendo Pisano –aún parte de La Morada– la que abre puertas a Ayuquelén. Por otro lado, facilita lecturas que aluden a un feminismo "heterosexista", descrito por Norma Mogrovejo en "Un amor que se atrevió a decir su nombre: la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina". Mogrovejo asume este pedazo de la historia del activismo lésbico feminista como una conducta recurrente en América Latina y el Caribe, basada en el miedo y la lesbofobia de los grupos feministas. Para el caso específico chileno –en base a que la historia se comprende en contexto– hago el alcance en torno a que no se puede obviar del análisis las implicancias de la dictadura que se vivía en el país que incidieron en que el movimiento feminista y de mujeres se estableciera como flanco de resistencia permanente. Lo anterior, por cierto, no deja de lado la valiente exposición pública de las activistas lesbianas que enfrentaron la dictadura militar y que pese al resguardo de sus nombres que se hizo en la entrevista, podrían haber sido objeto de una abismante violencia en condiciones que las desfavorecían del todo.

Para Beatriz Gimeno, la homosexualidad y heterosexualidad no son equivalentes; son regímenes que cumplen distintas funciones sociales. "La heterosexualidad, el régimen regulador por excelencia, no es la manera natural de vivir la sexualidad, sino que es una herramienta política y social con una función muy concreta que las feministas

denunciaron hace décadas: subordinar las mujeres a los hombres”. Siguiendo esta línea se puede establecer que el feminismo tendrá comportamientos que difieren al sustentarse en las prácticas lésbicas o heteros de quienes lo profesen como ideología, lo que se expresa en este relato fundacional de la relación feminismo/lesbofeminismo. Un elemento de análisis –no descartable en torno a sus contraposiciones– podría ser también la juventud del movimiento lesbofeminista. Dicha juventud exacerba posiciones que ubicarán en lugares opuestos los conocimientos y las prácticas que, como feministas, desarrollan aquellas que poseen más experiencia y las que recién ingresan al feminismo. La madurez del lesbofeminismo sería un escenario interpelado simbólicamente por la experiencia del feminismo liderado por heterosexuales.

Susana Peña, en el 2007, describe una asolapada evaluación de los conocimientos de Ayuquelén por parte de las feministas con más experiencia: “Las feministas en ese momento nos preguntaban por los marcos teóricos que manejábamos y yo lo único que conocía –exagerando– eran los marcos de los cuadros que pintaba. Nosotras nos formábamos; nuestra convicción era que las lesbianas se acercaran al feminismo”¹. Se establece aquí que el feminismo era base de la conciencia lesbiana que Ayuquelén promovía; sin embargo, lo que podría haber sido fuente de fortalecimiento era fuente de interferencia a través de velados alcances de una rigurosidad teórica feminista que, a la vez y en la práctica, no las incluía y que facilitaba –hago toma de posición– la inferiorización de la identidad y práctica política lesbiana de las Ayuque.

La ruptura entre Ayuquelén y la Corporación La Morada fue el inicio de un proceso político que aún no supera las diferenciaciones identitarias y las exigencias políticas. Erica Montecinos sintetiza algo de lo que describo en una entrevista a Feministas Tramando: “Las lesbianas apoyaron cada una de las demandas de las feministas, pero cuando exigieron que sus demandas fueran incluidas en los petitorios se vio que no habían roto con los prejuicios instalados por el heteropatriarcado y haciendo caso a su ego imagen, tampoco querían que se vinculara más el feminismo con el lesbianismo. Fue así como las mismas lesbianas comenzaron entonces a alejarse de las feministas y a comprender que tenían que armar una lucha propia, sin alejarse, claro está, de las bases del feminismo”.

A modo de resumen: en 1984 surge la Colectiva Lesbo Feminista Ayuquelén; en 1987 se realiza el I Encuentro Lesbofeminista en México. En ambos momentos la relación

¹ Transcripción de intervenciones desarrolladas en el Foro: “La figura y la política lesbiana a través de la historia” organizado en MUMS por Toli Hernández y Freya Schneider. La mesa se abrió con Yuderkis Espinoza y se cerró con la presencia de las representantes de la colectiva lesbofeminista Las Moiras y la Colectiva Lesbo Muro Activista La Perlita.

e influencia del feminismo “heterosexual” en la práctica lesbofeminista fue significativa. Basta solo considerar el espacio de reunión brindado por La Morada y la participación en los Encuentros Feministas que facilitaron la articulación de las lesbianas no solo en Chile sino en toda Latinoamérica y el Caribe. En 1994 se conforma la Coordinadora Lésbica que participó de modo permanente en la organización del Encuentro Feminista que se realizaría en Cartagena en 1996². Pese a lo indicado, la articulación, alianza y/o conjunción política entre lesbianas y hetero feministas no logró consolidarse.

El 8 de marzo de 2006, días antes de que Michelle Bachelet fuera investida como presidenta de Chile, el lesbofeminismo local junto a otras lesbianas no asumidas como feministas organizaban una actividad de autogestión que apoyaría la realización del VII Encuentro Lésbico Feminista en nuestro país. Lo que se propuso en el 2004 por varias activistas lésbicas –en donde un referente importante fue el desarrollado por aquellas que pertenecían a Trabajos y Estudios Lésbicos– sería una realidad en el verano del 2007.

Vicky Quevedo, en medio del desborde emotivo que en muchas causó la elección de Bachelet afirmaba –desde el escenario instalado en la Alameda– que las lesbianas del Movimiento Unificado de Minorías Sexuales (MUMS) estaban allí. “Derechos de humanas, derechos de lesbianas”, decía el lienzo que se confundía con la performance de los grupos de anarkas feministas. De manera distinta ambos grupos, las lesbianas y las anarkas, recordaban encender los estados de alerta. Una cantidad significativa de activistas lesbofeministas no estaban en esa manifestación. Agrupadas en la marcha feminista autónoma –que se realizaba en otro punto de Santiago– se preparaban al igual que las lesbianas de MUMS de aquella época, para el evento nocturno cuyo objetivo –ya mencionado– era recaudar fondos para el VII Encuentro Lésbico Feminista Latinoamericano y del Caribe (VII ELFLAC).

Las feministas asociadas a la institucionalidad que celebraban la elección de Bachelet ese 8 de marzo no estuvieron en el restaurante La Habana Vieja, lugar donde las lesbofeministas desarrollaron la actividad de autogestión. Sí había feministas autodenominadas y/o asociadas a la corriente autónoma. La tensión entre autonomía e institucionalidad feminista emerge con claridad y la vinculación con el lesbofeminismo en sus dinámicas internas.

² La Coordinadora Lésbica participó del proceso de organización del Encuentro Feminista de 1996.

El Encuentro Lésbico Feminista en Chile

En el verano del 2007 se realiza el VII ELFLAC. Ochy Curiel afirma sobre este encuentro que “saca del letargo al lesbianismo feminista que percibíamos tener en la región y lo coloca dentro de un proyecto político autónomo y rebelde contextualizado en la realidad latinoamericana y caribeña que está atravesada por altos niveles de pobreza y de racismo, de conflictos armados y represión militar, lo cual hace trascender la visión de que el lesbianismo es solo una práctica sexual diversa”.

En el ELFLAC 2007 se definieron políticas de movilización relacionadas con la conmemoración del 13 de octubre como el Día de las Rebeldías Lésbicas en Latinoamérica y el Caribe; se amplió la propuesta política al enunciar en la declaración del encuentro la lucha contra el neoliberalismo, racismo y clasismo. Incluyó también una marcha por el centro de Santiago que evidenció la ausencia de feministas institucionales y autónomas heterosexuales. En la primera década del nuevo siglo solo ha existido participación masiva del movimiento feminista a una causa lesbiana en reacción al fallo de la Corte Suprema a Karen Atala. Casos como el de Mayra Espinoza, estudiante lesbiana expulsada de su liceo y graduada apresuradamente una vez que se ordenó que debía culminar sus estudios o el de Sandra Pavez, impedida de hacer clases por ser lesbiana –ambos casos presentados a la Corte Interamericana de Derechos Humanos– no desencadenaron la misma reacción.

Lo anterior demuestra, además de una escasa vinculación política entre construcciones feministas llamadas institucionales y autónomas –heteros y lésbicas–, un debilitado proceso de gestión y denuncia de estas últimas. Vale indicar que el caso de Mayra Espinoza movilizó las actuaciones lésbicas de la época que prontamente constituyeron el Comité por la No Discriminación. Este efectuó diversas denuncias vía “funas” en diversos casos de discriminación lésbica, en especial a estudiantes de enseñanza media ocurridos entre los años 2003 y 2005. Dicha actuación, relevantemente lésbica, articulada con otras organizaciones Lésbicas, Transexuales, Gays, Bisexuales e Intersexuales (LGTBI) no logró generar acciones masivas con apoyo del movimiento feminista, sino hasta el caso de Karen Atala³.

³ Vale destacar que una vez ocurrido el fallo de la Corte Suprema, las lesbianas del Comité por la No Discriminación desarrollaron actividades de autogestión para proyectar un proceso de denuncia permanente. Es importante recordar que Trabajos y Estudios Lésbicos mantuvo activistas de “punto fijo” en los Tribunales de Justicia denunciando el hecho; que lesbianas de MUMS favorecieron la constitución de Las Otras Familias como grupo político y que en esta misma sede se reunían para elaborar material que ampliara la difusión de esta aberrante discriminación.

Los nudos políticos que generan la relación de oposición entre autonomía e institucionalidad se delimitan con claridad en el Encuentro Feminista de Cartagena de 1996 en donde la autonomía, según describe Andrea Franulic en la biografía política de Margarita Pisano, “se proyecta hacia una cultura distinta a la actual, que construye sus conocimientos fuera de la institucionalidad”.

Finalizado el aquelarre lesbofeminista, la misma Franulic indica: “El eje por medio del cual ELFLAC nos convocó ‘Pensando autonomía desde una rebeldía cómplice’ se congeló en un slogan”. El ELFLAC –para Andrea– exaltó la unificación del sector autónomo, no confrontó las diferencias ideológicas producto de los proyectos políticos y promovió estrategias de conciliación y consenso. El Movimiento Rebelde del Afuera (MRA) defendió sus posturas en la lista ELFLAC; su práctica reflexiva –describí en un texto post encuentro– “originó el desborde de un grupo significativo de activistas lesbianas chilenas que superpusieron la ejecución del Encuentro a los resultados en torno al fortalecimiento político lésbico feminista, desde una emocionalidad que discursó en femenino heterosexual”. Esta tensión (que se argumenta en base a documentos del Movimiento Rebelde del Afuera, a textos de Margarita Pisano, Andrea Franulic y Susana Opazo y las respuestas que generaron en las activistas chilenas) se produce al finalizar un proceso desgastante, en el que no es extraña la defensa del ELFLAC, cuestionado por el MRA en el mismo encuentro.

Para Freya Schneider, “Las corrientes Autónoma e Institucional se refuerzan con complicidad asolapada. La primera intenta dejar muy claro que no tiene nada que ver con la segunda, sin embargo, no es así. Que los Encuentros Feministas Autónomos se desarrollen en los mismos territorios que los Encuentros Feministas Institucionales, habla de esto y de la supeditación de la autonomía a los escenarios que delimita la institucionalidad”. Schneider llamaba en su texto “Lesbo feminismo ¿Autónomo?” a evaluar la coherencia entre el discurso y la práctica autónoma en los ámbitos íntimos, privados y públicos, pues las contradicciones que describe impiden “*la discusión, la reflexión y la construcción de mejores realidades para las lesbianas*”.

Angelina Marín da otro cariz a la temática y enfatiza que “Las discusiones sobre autonomía desagregan y fragmentan al movimiento que se relaciona en función de juicios de valores que surgen desde la construcción de verdades absolutas por parte de activistas que dan poco espacio a la construcción colectiva”. Para Marín, “la realidad lésbica y de las mujeres en general ya es compleja en razón de compatibilizar las exigencias de la vida, que finalmente, entre tanta discusión y división, más desmovilizan que movilizan el activismo lesbofeminista”.

No obstante, no fue la discusión sobre autonomía e institucionalidad la causa de la disolución del Bloque Lésbico. Este –conformado en su mayoría por colectivas

autónomas desde las cuales surgieron activistas que conformaron La Ekipa– se fracturó por relaciones de poder que ubicaron a unas en el proceso pensante y a otras –las más nuevitas– en el trabajo de ejecución. Estas afirmaciones surgen desde las bocas de las mismas activistas lesbofeministas. Otras acusaciones vertidas en el proceso de cierre del Bloque Lésbico chileno se centraron en la forma inadecuada de hacer política y en la violencia ejercida por unas y otras⁴.

Emerge en este contexto una autonomía mal amistada, que de igual forma se opone –en discurso a lo menos– a la institucionalidad feminista. Lo indicado sugiere un entrapamiento político del feminismo.

De este modo, la relación del lesbofeminismo con el movimiento feminista se ve complicada por su heterosexualidad y además por las categorías de oposición autonomía/institucionalidad, en donde un significativo número de lesbofeministas se denominan como autónomas y demonizan –algunas– lo que observan como un mayoritario feminismo institucional. En este escenario –es justo indicarlo– el propio concepto de autonomía está sujeto a conflictos y tensiones internas que han desencadenado cuestionamientos a su propia constitución en base a la maleabilidad del nombre que se adapta a prácticas políticas que, en más de una ocasión, vulneran más que consolidan el contenido de dicha concepción.

Es relevante que a menos de un año del VII ELFLAC algunas colectivas que no se nombraban como feministas lo hicieron como tales. Esto se afirmó en el proceso reflexivo que, directa o indirectamente, fue prodigado por el trabajo activista lésbico que se desplegó en pos del encuentro. Si bien estos procesos pueden generar cuestionamientos en torno a actuaciones políticas –se especula– con altos grados de fragilidad frente a la comprensión incompleta de lo que esta definición implica, fundamentalmente da cuenta de la posibilidad de una(s) prácticas revolucionarias que facilitan la transgresión – en primera instancia– de la tendencia a construir el amor entre dos mujeres –un espacio del todo reducido– como el elemento fundamental de la lucha política lesbiana. En este proceso los conceptos de autonomía e institucionalidad implican una práctica que se internaliza y replica –a lo menos en los discursos– en grupos de pares asociados a estas corrientes. Con esto no se inferioriza la capacidad individual reflexiva y los conocimientos e historias que vinculan a cada una con estos enfoques. Sin embargo, tampoco se descarta la influencia de constituir grupos de pares, lo que es especialmente relevante en los procesos de constitución de la identidad lesbiana y que explica –en cierta medida– que la conformación de los grupos sea fluctuante en torno a los ingresos

⁴ Esta descripción se obtiene de las grabaciones de los procesos de moderación del cese de Bloque Lésbico y en base a las cartas públicas que circularon en torno al tema.

y salidas de lesbianas de ellos. Es decir –en base a esto último–, existe en los grupos lesbofeministas con más de tres años de actuación grupos de base y lideresas estables.

¿Finalizando?

Abandonar la “razón dualista” es algo fundamental. Promover el establecimiento de distintos tipos de relaciones en torno al feminismo –hago una nueva toma de posición– es significativamente más fecundo. En esta pasada, este texto intenta ser un peldaño para ello, solo en el marco del escenario chileno.

Reducir los análisis, en base a una noción corriente de feminismo que involucraría las relaciones binarias autonomía/institucionalidad, igualdad/diferencia, heterosexual/lesbiana sin asumirse como producto de una matriz civilizatoria moderna –que más que intervenir, nos ha intervenido– inhibe la profundización y el desarrollo de nuevos procesos críticos. En base a esto, la idea es agregar otros elementos que irrumpen en estas relaciones y faciliten su comprensión como productos de lógicas hegemónicas.

En razón de lo indicado mencionaré algunos elementos que me parecen importantes en esta pasada inicial. Dichos elementos, directa e indirectamente, aportan a responder la pregunta que en este encuentro se ha formulado; se disponen como dispositivos que intentan aportar a un proceso de evaluación y se transforman en piezas que, solas y/o colectivamente organizadas, configuran entramados recurrentemente presentes en la reflexión sobre la relación feminismo/lesbofeminismo.

1) Heterosexismo. La historia indica que la heterosexualidad es un elemento a considerar en el proceso de establecer, proyectar y consolidar alianzas feministas, independiente de sus focos y proyectos políticos. Las lesbianas deben ser feministas y no hay feminista que no deba hacerse lesbiana⁵. Esto último desde un sentido feminista y revolucionario que desestabiliza el régimen sexual hegemónico. Si una feminista no puede ser lesbiana lo que está diciendo es que solo nos representa como una práctica sexual que nos vacía de contenido político a la vez que profundiza la inscripción de la mujer en el régimen heterosexual. La identidad lésbica –que no analizo en función de los caminos de integración que ha transitado– ha sido siempre una oportunidad para el movimiento feminista de transgresión de la cultura hegemónica. Esta alcanza

⁵ Comprendo que el mismo feminismo y las prácticas que desencadena son un objeto de reflexión, sin embargo, en esta apreciación existe una necesidad tajante y personal de abordar una realidad clausurante que solo la fuerza ideológica feminista –que no analizaré en sus prácticas– puede sostener.

grados de concreción en la triada visibilidad/identificación/participación como eje inicial de acción política conjunta. Es esto una cuestión de identidad y allí refuerzo el proceso de pensarnos fuera de una realidad dual ¿hetero céntrica o diversas?, ¿lesbianas o heterosexuales? Hay un ejercicio excluyente implícito en estas relaciones de oposición que generan relaciones de poder asimétricas.

El régimen heterosexual se moderniza a través del matrimonio gay o bonos por 50 años de matrimonio; se fortalece como mecanismo represivo en la ausencia de derechos sexuales, leyes antidiscriminación y en la existencia de plataformas que sancionan y/o facilitan el castigo de prácticas sexuales disidentes. Su preservación a través de nuevos y antiguos formatos exige al feminismo y sus diferentes vertientes asumir la construcción de una fuerza social modernizada –aludiendo a los procesos de modernización que transcurren e influyen nuestras historias– que comparta, discuta, comprenda y aplique las interpretaciones de la realidad que hemos desarrollado en pro de una radical transformación cultural como ideológicamente el feminismo siempre lo ha planteado. Cumplir con su ideario nos exige desvestirnos de las cadenas que nos significa el régimen político de la heterosexualidad en su más amplia acepción.

2) Autonomía/institucionalidad: La autodefinición como autónomas de una gran parte de los grupos lesbofeministas incide en la articulación con el feminismo que reconocen como institucional. Percibo en este último tiempo, ciertas movilizaciones que pueden estar dirigidas a establecer lazos –dadas las fricciones del mismo lesbofeminismo autónomo y de otras necesidades políticas no explicitadas con claridad ni difundidas ampliamente aún– que intentan generar respuestas a los impactos de un escenario político percibido negativamente⁶. Aún está pendiente el análisis de las movilizaciones políticas de cada corriente, de cada una, de cada mujer que asume que es lesbiana, aunque sus prácticas sexuales no la remitan a esta definición. Las alianzas que se gestan y las motivaciones personales y colectivas de un feminismo que nos recuerda permanentemente lugares específicos de dominación a los que hemos sido consignadas son un espacio a problematizar desde un enfoque que se complazca y valore la potencia transformadora lesbiana. Las consecuencias opresivas que se expresan materialmente y que lejos están de ser resueltas se supeditan a conflictos basados en la orientación,

⁶ Se han desarrollado algunas reuniones de lesbianas feministas que han reunido a representantes de la autonomía e institucionalidad –considerando sus autodefiniciones– que han redundado de modo más significativo en las respuestas desencadenadas por la presentación de la propuesta de matrimonio homosexual en el país y una probable respuesta conjunta. Estos procesos de articulación no se observaban desde la conformación del Bloque Lésbico. El trabajo articulado de las lesbianas feministas en gran parte se organizaba en base a la conmemoración del 8 de marzo y la respuesta –organizada a través de La Otra Marcha– a la Marcha del Orgullo LTGBI.

identidad sexual o arraigos ideológicos institucionalizados o autónomos.⁷ Esto no deja de ser inquietante, en tanto es evidencia de la preservación del modelo patriarcal. Agrego en este punto que ser o no ser definida como autónoma o institucional –a lo menos para la práctica lesbofeminista chilena– es un ejercicio confuso y maleable en base a las necesidades; lo relevante en este tópico es que el mismo feminismo ha sido vaciado de contenido, socavando la posibilidad de concretar el fin de la teoría como posibilidad de una nueva visión, de una nueva interpretación de la realidad, de su resignificación, como indica Cecilia Amorós. “El acceso al feminismo –prosigue Amorós– supone la adquisición de una nueva red conceptual, ‘unas gafas’ que nos muestran una realidad ciertamente distinta de la que percibe la mayor parte de la gente”; la organización de la realidad y su interpretación en base a una sexualidad obligatoriamente heterosexual y la construcción/discusión ideológica actual de autonomismo e institucionalidad, dan cuenta de un feminismo que sigue mirando por los visores facilitados amablemente por la masculinidad.

Definirnos como mujeres, lesbianas, autónomas, institucionales no completa la práctica política feminista que se dirige a la transformación de los escenarios que nos oprimen. ¿Cómo hemos trabajado para garantizar políticas feministas en relación a sus alianzas y articulaciones con el lesbianismo en los últimos diez años en Chile? La respuesta podría resultar iluminadora.

3) Juventud: El movimiento lésbico escindido de los grupos LTGBI se ha vinculado recurrentemente en articulaciones con nombre de coordinadora o bloque que absorben a las colectivas que los componen a través de su conformación como supraestructura. No obstante, y siendo reincidente en la afirmación, no logran articular una estrategia de transformación política y cultural significativa en lo material especialmente para las lesbianas. A diferencia del movimiento feminista chileno, designado para este texto como heterosexual, el lesbofeminismo está en deuda. Es significativo recordar que las coordinaciones y articulaciones que se han desarrollado entre lesbofeministas por lo general no han terminado bien, y han obstaculizado acciones de incidencia política que aluden a mucho más que acampadas masivas o al control social que se pueda ejercer sobre un gobierno. Las feministas institucionales en nuestro país, pese a una historia similar, logran generar significativas marchas y posicionamientos públicos en fechas emblemáticas; lo que evoca nuestra inscripción como nuevo movimiento social que se distancia significativamente de los caminos transitados por las mujeres en Chile

⁷ Este es un tema esencial para mí. Observar la vulnerabilidad en salud de lesbianas, la vulneración de diversos derechos, es decir, basados en lógicas hegemónicas de poder, es un tema que no deseo perder de vista a la vez que me sigo completando en las experiencias de las otras y con las otras.

desde principios de siglo. Este nuevo movimiento social es intervenido, además, por el neoliberalismo que nos descubre como sujetas comerciales y neutraliza la llegada de la política lesbofeminista a todas las lesbianas y a todas las heterosexuales. Esta diferenciación puede ser entendida en base a los procesos de “negociación política”, de inclusión sistémica que refuerza los modelos represivos. Sin embargo, siendo majadera, ¿podríamos evitar otros casos similares a los de González, Atala, Pavez, Espíndola o de miles de otras mujeres y lesbianas chilenas si seguimos asidas a los mismos tránsitos y prácticas? Con esto no aludo a la homogenización de los discursos, lo que tampoco se descarta para aspectos que lo requieran con un análisis previo. Sí, hago referencia a sentidos que se coluden con la reproducción de la cultura. Esto último enuncia directamente la desvaloración de nuevas y otras posturas y propuestas que desbanquen sistemas de creencias que refuerzan el modelo heteropatriarcal.

La juventud en este marco no es un tema menor, pues encierra, basado en lo ya someramente descrito, características que aluden a sociedades tradicionales que, sin duda, expresan una contradicción para el punto de quiebre del sistema, que las lesbianas representan; que el feminismo y la práctica ideológica coherente representan. De este modo pudiera ser que las complicidades fueran siempre reguladas por las mismas lideresas o ideas, transformando el potencial en nuevos sentidos comunes inamovibles, réplicas de los discursos de otras que no se construyen del “una misma”, desde la visión de la jerarquía y que así no se ven enriquecidos. La distribución de liderazgo y nuevas construcciones en su seno de esta forma no se concretan. La juventud es una característica que se exagera y tiende a ocultarse. Al surgir en demasiadas ocasiones es, sin duda, un llamado de atención a las propias prácticas de reproducción cultural que desarrollamos y que son interpeladas especialmente por las que son ligadas a estados y/o edades juveniles y que son datos concretos de que hay posibilidades y exigencias de mejorar lo que hacemos. Un paso interesante sería deconstruir los idearios que manejamos en torno a la juventud y que no solo se ven reflejados en la edad que poseen unas y otras feministas y que enuncian miradas que desvaloran la construcción de teoría de unas y otras, basados en supuestos de inexperiencia someramente descritos en el texto.

4) Democracia: Todo lo anterior debe establecer relaciones con el escenario democrático en que nuestras actuaciones se desarrollan. Yo no lo dejo de lado. La “democratización” chilena es producto de la negociación política entre gobierno y oposición. La democracia es un foco de análisis, en tanto existe un fuerte descrédito de las instituciones democráticas en relación a la representatividad de los partidos políticos y a la corrupción. Esto exige preguntas en relación a la calidad de la misma. El sistema binominal, un modelo neoliberal que pretende ser deliberativo, señala una relación no fluida entre sociedad civil y gobierno que se trasladan al movimiento feminista: ¿Cómo

articular con grupos que negocian con el gobierno, si el lesbofeminismo autónomo no le otorga legitimidad? Es una pregunta que ronda esta relación. Vale decir que un formato discursivo rígido de autonomía, en la práctica, se acomoda a formatos que le permiten subsistir. Problematizo el desconocimiento de su propia institucionalidad y la demonización de una institucionalidad feminista a la que promociona como cómplice del patriarcado. Esos procesos deben ser revisados en relación al feminismo y su fortalecimiento.

Al finalizar, es necesario indicar, sin duda, que todo lo expuesto merece una mirada colectiva y feminista; individual y feminista; que debe ser lo mismo que decir: colectiva y lesbiana; individual y lesbiana. Como ya se ha indicado –y ahora se refuerza– las lesbianas deben ser feministas y no hay feminista que no deba hacerse lesbiana.

Bibliografía:

Amorós, Celia (1997), *Tiempo de feminismo*. Madrid, Editorial Cátedra.

Careaga, Gloria (2004), “Relaciones entre mujeres”. En: Cáceres, Frasca, Pecheny. *Ciudadanía Sexual: Abriendo el debate*. Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Falcón, Iván, “La entrevista de la revista APSI dejó la media cagada”. Entrevista a Cecilia Riquelme. En: <http://www.cuds.cl/articulos/4feb08riquelme.htm>

Franulic, Andrea (2008), *Biografía Política de Margarita Pisano*. Revolucionarias.

Hernández, Toli (2007), “Escenarios de la complicidad lésbica en Chile”. Texto presentado en el VII Encuentro Lésbico Feminista de América Latina y el Caribe, Chile.

Mogrovejo, Norma (2000), *Un amor que se atrevió a decir su nombre: La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México, Editorial Plaza y Valdés.

Pisano, Margarita, Andrea Franulic y Susana Opazo (2007), “Sobre el VII Encuentro Lésbico Feminista Latinoamericano y del Caribe, Tres ‘miradillas’”, Chile.

Riquelme, Cecilia, “Apuntes para la historia del Movimiento Lésbico en América Latina”. En: www.viencuentrolesbicoafeminista.org/es/apuntes.shtml

Sarda, Alejandra, Claudia Hinojosa (2005), Lesbianas en América Latina: De la inexistencia a la visibilidad. En: Orientaciones. Revista de Homosexualidades N° 9.

Schneider, Freya: Ciudadanía ¿De qué me están hablando? Archivo personal.

Schneider, Freya: Lesbo feminismo ¿Autónomo? Archivo Personal.

Vidauzárraga, Tamara, Entrevista a Erica Montecinos. “Entre feminismo y lesbianas hay respeto, pero distancia”. En: http://www.feministastramando.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=188&Itemid=75

Vodanovic, Milena (1987), ”Somos lesbianas por opción” Entrevista a Ayuquelén, Revista APSI 22 de junio 1987.

Archivos Personales:

Transcripción entrevista a Su Peña, L. Inostroza, Cecilia Riquelme. 2007.

Transcripción intervenciones en Foro: “La figura y la política lesbiana a través de la historia” 2007.

Apuntes de reuniones de finalización actuancia Bloque Lésbico. 2007.

Incidencia feminista en el momento actual: Una reflexión del Taller Articulación Feminista

Producción colectiva de la Articulación Feminista, presentada por Gloria Maira

Articulación Feminista es un colectivo de discusión y acción política que pretende aportar a la autonomía y a la libertad de decidir sobre nuestros cuerpos. En esta perspectiva, ha organizado eventos conmemorativos en fechas significativas para las mujeres y para el movimiento feminista; ha realizado acciones políticas, como el movimiento de anticoncepción, entre otros, y ha participado en movilizaciones, sentando su presencia y actoría en la escena pública.

En la actualidad, nuestras preocupaciones son fortalecer la articulación que hemos logrado, y buscar formas de alimentar el quehacer que nos reúne. En este sentido, se plantea levantar una agenda común que nos permita, junto a otros sectores del movimiento, potenciar la incidencia política feminista. Como parte de ese proceso, el colectivo se propone contribuir en la organización de un Encuentro Nacional Feminista, instancia abierta de discusión y profundización ideológica y política.

En este marco, el día sábado 5 de junio de 2010, en la sede del Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer (MEMCH), el colectivo desarrolló un Taller que tuvo por objetivo “Fortalecer la política feminista a través del análisis del contexto nacional y feminista actual, el *affidamento* y un acuerdo político de acción”. Participaron 25 mujeres, cuyas discusiones y resoluciones se consignan a continuación. Sus palabras aparecen en este texto en cursiva y con comillas.

Consideraciones sobre el contexto nacional

El contexto nacional está marcado por el cambio en la coalición de gobierno y el terremoto que asoló a cinco regiones del país. El nuevo gobierno, de derecha, ha basado su política en la emergencia y la reconstrucción post terremoto, quedando en posición de control sobre las decisiones políticas de otros conglomerados, en razón de la urgencia y necesidad de apoyo a la población afectada por la catástrofe. Estas prioridades, profusamente difundidas por los medios de comunicación pertenecientes a

la derecha, han minimizado otros aspectos ideológicos y políticos del nuevo bloque en el poder, como son la represión, el conservadurismo, el neoliberalismo y el mercantilismo.

La represión fue inaugurada en una nueva modalidad, con apoyo de los medios de comunicación que informan el procedimiento a seguir. Esto produce efectos intimidatorios, y luego, la distribución estratégica de las fuerzas policiales, mostradas en la contención de manifestantes en el día del joven combatiente y en el primero de mayo, así como en la militarización de algunas ciudades devastadas. Esta puesta en escena dio la impresión de mayor eficiencia en el control de situaciones de “desorden público”.

El conservadurismo, por su parte, no es solapado, sino que forma parte de su ideología, especialmente en lo que refiere al rol de las mujeres. En la agenda programática de Sebastián Piñera para las mujeres, se aprecian los dos énfasis que pondrá su gobierno: participación laboral y violencia intrafamiliar⁸.

En cuanto al neoliberalismo y al mercantilismo, con los que convivimos diariamente, sus efectos quedaron al descubierto dramáticamente en los días de emergencia inmediatos al terremoto, principalmente en el sistema de abastecimiento concentrado en grandes cadenas privadas de supermercados y farmacias⁹.

Sin embargo, no solo el nuevo gobierno expresa el contexto actual. También existen elementos de continuidad o de memoria que forman parte de él, en tanto no terminan de procesarse los efectos del pasado reciente y en general la impronta de la Concertación de partidos que gobernó durante veinte años.

En este sentido, en el taller se planteó que en los gobiernos post dictadura, incluido el de Michelle Bachelet, respecto de las mujeres “*en lo estructural no ha cambiado nada*”. Aun cuando se reconoce que mejoró la calidad de vida, y que hay “temas” colocados en lo público –como es el caso de la violencia contra las mujeres en el espacio doméstico, o el derecho a acceder a la anticoncepción y la anticoncepción de emergencia– en lo fundamental, la subordinación de las mujeres se mantiene.

Además, se expresó que en dichos gobiernos se buscó dar la sensación de ejercicio de derechos y de participación que en realidad no han sido tales. Esto se ejemplifica en situaciones como la polémica de la píldora de anticoncepción de emergencia, o la

⁸ Sebastián Piñera 2010-2014. Agenda Mujer. Gobierno Sebastián Piñera.

⁹ Garcés, Mario. “Terremoto natural y terremoto social en Chile”. Historiador. Director de ECO, Educación y Comunicaciones. En: http://www.archivochile.com/Chile_actual/terremoto022010/01_opin/chactual_terre-09.pdf

presentación de proyectos de ley favorables a las mujeres que no son aprobados, se aprueban con contenidos distintos, o no se aplican. Hay un discurso sobre ciudadanía que no se compadece con el ejercicio real de derechos y libertades.

Así también, se expresó que hay una lógica instalada, a partir de los gobiernos de la Concertación desde los fondos concursables, que han afectado tanto a las organizaciones de mujeres como a las relaciones que se establecen entre ellas. Respecto de las primeras, muchas se proyectan a partir de financiamientos que son flor de un día: finalizado el proyecto y los recursos, las organizaciones pierden empuje e incluso quedan más débiles. Respecto a lo segundo, los fondos concursables han creado competitividad, por sobre relaciones de solidaridad, complementariedad y acción conjunta.

Finalmente, se manifestó que en la participación en partidos políticos y organizaciones del movimiento social, aun cuando en el discurso se reconoce la plena capacidad de las mujeres y su derecho a participar, en la práctica hay marginación de los espacios de toma de decisiones y de dirección, que finalmente quedan convertidos en “clubes de Tobi”.

Apreciaciones sobre el contexto feminista

Estas apreciaciones están puestas en relación con el nuevo gobierno, nombrado en nuestro espacio de reflexión como *“de derecha y con la instalación de un SERNAM cada vez más alejado de la realidad de las mujeres”*.

Ciertamente, la realidad se construye a partir de la ideología dominante. Así se observa en el cambio de enfoque del Estado que va, marcadamente, hacia un lado menos solidario y menos benefactor de lo que pudo haber sido el discurso del gobierno anterior (discurso que al estar inspirado en derechos, nos desarmaba más), y que es asistencialista y clientelista.

Arremetida ideológica que se refleja en la instauración de servicios litúrgicos y estatuas de vírgenes en las reparticiones públicas, y en la colocación de la familia – constituida en matrimonio y compuesta por un hombre y una mujer, y que tiene como fin la procreación– como bien superior protegido y promovido. Y, dentro de la violencia intrafamiliar, se propone mayor preocupación por la violencia en contra de niños y niñas, y la atención a los agresores.

También existe acento en el individualismo, y la solución de necesidades a partir del “emprendimiento” y el “esfuerzo propio”; esto afecta la organización y la acción colectiva.

Con la excusa del terremoto, en las zonas más siniestradas las organizaciones de mujeres han visto privatización, pérdida de políticas públicas y de servicios. También el terremoto ha sido excusa para instalar la mala calidad del trabajo para las mujeres, con salarios mínimos, sin implementos necesarios, sin estabilidad y bajo la dirección de los militares. Esto construye una imagen sobre el trabajo de las mujeres.

Vemos cómo se modifican las políticas y programas hacia las mujeres mediante cambios de perspectivas en SERNAM (menos “feminismo”), reducción presupuestaria, desmonte de programas, instalación de nuevos conceptos respecto de las mujeres, lo cual se complementa con la acción de los municipios de derecha que están cerrando las oficinas de la mujer, los proyectos de atención a la violencia hacia la mujer y los programas para mujeres jefas de hogar. *“En Iquique se acabó el programa de violencia hacia la mujer; lo que van a hacer ahora es un programa para elevar la autoestima, y van a llevar la peluquería y la manicure a la casa”*. En definitiva, se trata de la pérdida de políticas públicas orientadas al empoderamiento y el ejercicio de derechos, aun cuando éstas presentaban limitaciones y dificultades en la práctica.

Para las mujeres, trabajo precario (tele trabajo), trabajo a domicilio, maternidad y cuidado de los hijos. Los planteamientos que se han formulados sobre el postnatal, y la vinculación al mundo laboral sin descuidar la crianza de los hijos/as muestran el reforzamiento del rol tradicional de las mujeres. Estos son los grandes lineamientos de SERNAM.

A nivel comunal, hay pérdida de espacios de las organizaciones sociales de mujeres: *“estamos solas haciendo trabajo en los sectores populares y nos están dando con tuti... volvió la inquisición, la inquisición del cura... la muni... la arremetida viene por todos lados”*.

Reflexiones expresadas en el Taller

La reflexión compartida acerca del actual contexto feminista tuvo los siguientes ejes o énfasis principales, con coincidencias en ambos grupos.

Se constata que hay un interés entre las feministas relativo a querer fortalecer la visión y acción feminista en el contexto nacional, y generar articulaciones con otros movimientos sociales para converger en agendas comunes. Así como también descubrir nuevas formas de un hacer feminista. Esto fue evidente e importante en el Encuentro Feminista de Olmué, sin embargo no se logró converger en una propuesta concreta de acción.

Por otra parte, para aludir al movimiento feminista es necesario considerar que no hay un movimiento feminista homogéneo, único y singular; que hay muchas formas de ser feminista y de expresar esta pertenencia y “militancia” en un movimiento diverso y heterogéneo.

Del mismo modo, tomando en cuenta que en la sociedad en que vivimos se ha validado una construcción binaria de la realidad¹⁰, impuesta por el patriarcado –buenos-malos, feos-bonitos, viejos-jóvenes, ricos-pobres, etc.– se corre el riesgo de que la reflexión sobre el/los movimiento/s feminista/s también lleve este sesgo. Por lo tanto, es ineludible reconocer la diversidad de este movimiento social, y valorar la existencia de quienes se denominan autónomas, institucionales, feministas “viejas”, jóvenes, de regiones, de la academia, nacionales e internacionales, heterosexuales, lesbianas, militantes políticas y no militantes, etc., en tanto todas sus propuestas son necesarias y valiosas. Se hace notar, sin embargo, que hay que profundizar en esas diferencias, conocer cuáles son sus agendas y particularidades, y también reconocer las convergencias: ¿Cuáles son los intereses-temas de las mujeres lesbianas?, ¿cómo se entronca el feminismo con temas tales como la clase, la etnia, las diferencias generacionales?

Más aún, es urgente profundizar en algunos de estos conceptos, por ejemplo, qué implica ser autónoma y qué implica ser institucional. Una feminista que trabaja en el Estado, por ejemplo, puede ser y percibirse como autónoma, y puede que desde fuera parezca no serlo.

Asimismo, si bien hay un reconocimiento teórico de que el movimiento feminista es diverso, nos cuesta validar las experiencias y opciones de otras que no adoptan la misma estrategia, por ejemplo, las que se encuentran en el Estado, en el gobierno de turno, en la academia o en el ámbito internacional, en los partidos políticos, en las regiones, en el movimiento de la diversidad sexual, en el feminismo joven, en las mujeres de base, etc.

Asimismo, es importante advertir que las mujeres, a partir de esa construcción binaria de la sociedad tienden a posicionarse desde la subordinación y desvalorización, desde un lugar discriminado a priori, sin reconocer en dicha construcción una huella del patriarcado. Esto se observa en todo orden de cosas, en la participación política, en las relaciones con otros movimientos sociales, en el mundo laboral, en las relaciones entre mujeres (“somos mal hechas del patriarcado”...Julietta Kirkwood). Y por cierto las feministas no nos excluimos de esta condición.

¹⁰ Najmanovich, Denise. Mirar con nuevos ojos. Nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo. Editorial Biblos, Buenos Aires, Argentina, 2008.

En términos de lo ocurrido en las últimas décadas, se observa que muchos sectores de feministas de más antigua militancia, la *memoria obstinada*, reconocen su permanente compromiso feminista, su pasión por la agenda feminista. No obstante, manifiestan también su cansancio, falta de energía y frustración por la falta de visibilidad y de actoría política del movimiento feminista amplio, por no percibir logros concretos en temas largamente posicionados (aborto, violencia, paridad). En algunos casos este compromiso parecería estar subsumido frente al deseo legítimo de descansar, de sustraerse de las exigencias cotidianas, en otros persiste el deseo de reencantarse con el feminismo y reencantar a otras.

También en la *memoria obstinada* hay una especie de perplejidad respecto de las dificultades para lograr una articulación fructífera y más trascendente alrededor de uno/unos temas comunes, temas que nos convoquen y que correspondan a prioridades para las mujeres todas. Se señala que en los últimos años han surgido acciones que buscan esta articulación temática y política, pero no han logrado permanecer y hacerse sostenibles. Coincidente con esto, se resalta el hecho de que los espacios de mujeres, organizaciones históricas, están afectados por una crisis de recursos, de participación y de sustentabilidad. Y esto, por supuesto, afecta a la articulación de las mujeres en torno a una agenda común, o temas comunes.

Otro punto central que parece generar coincidencia en las distintas vertientes del feminismo es la necesidad de generar y reforzar relaciones de sororidad y de *affidamento*¹¹, de solidaridad entre mujeres, entendida no solamente como “ayuda” o soporte material. Esto sería un anhelo muy sentido para la mayoría de las mujeres que participamos en el Taller, y es significativo que para las más jóvenes tiene un sentido tanto en términos políticos como más personales y afectivos. Se plantea la necesidad de trabajar en ello para recuperar algo que parece ser propio de la relación entre mujeres, pero que en la práctica se ha ido perdiendo. Se llama la atención respecto de que entre las feministas se han ido instalando prácticas muy patriarcales de relacionamiento, lo que ha hecho mucho daño al movimiento.

Otro aspecto central en las discusiones se refirió a la forma en que el movimiento feminista amplio se posiciona socialmente. Se menciona un documento de Susana Chiarotti donde se pregunta si las feministas nos concebimos como una minoría significativa “iluminada” que tiene la tarea de conducir a las mujeres todas hacia la

¹¹ No creas tener derechos. Introducción. Editorial horas y Horas, Madrid (Agradecemos a Luisa Muraro y a Mireia Bofill el permiso para reproducirla).
www.debatefeminista.com/descarga.php?idVol=38...nocrea1094.pdf

conquista de sus derechos. En este sentido, se sugiere profundizar en esta idea, pues si bien nadie nos ha otorgado un papel de esta índole, sí nos sentimos interesadas en compartir nuestra agenda y nuestros principios para beneficio de una mejor condición de las mujeres en general. En este sentido, se deben definir estrategias para generar alianzas, entendiendo que no necesariamente todos los caminos los recorreremos con las mujeres todas.

En este punto se reconoce, al mismo tiempo, la importancia y la urgencia de revalorizar el trabajo con las organizaciones sociales de mujeres. Hay que estar con la base social, y nutrirnos mutuamente. Esto llama, por ejemplo, a reinstalar un trabajo inconcluso en educación popular, retomar esa herramienta para reencantar a las mujeres en torno a una agenda común, y reencantarnos nosotras mismas con la acción feminista.

Se enfatizó otro aspecto importante relativo al rol político del movimiento feminista amplio. En general, las feministas parecemos ser actrices ideológicas con cierto poder, con experiencia y con diversas formas de expresar dicha ideología. Sin embargo, esto no se traduce necesariamente en que nos convirtamos en actrices políticas, y esto establece una diferencia significativa en la forma en que nos posicionamos públicamente. Por ello, es necesario, por una parte, establecer muy claramente un lugar de habla como feministas y sobre todo fortalecer el hacer feminista, el hacer político eficaz, no solo el ideológico. Por otra parte, no desconocer que el feminismo, como pensamiento, en sí siempre es político, en tanto constituye una propuesta trasgresora de cambios.

A partir de este punto, se señala que, en general, las feministas tenemos una dificultad con el manejo del poder, con reconocer nuestro propio poder y con reconocer el poder y el liderazgo de otras. Esto implica que a menudo otros terminan tomando la palabra en el espacio público –los políticos, por ejemplo– incluso en temas que son propios de nuestra agenda.

Un aspecto que se pone en la discusión con mucha urgencia, es la postura del movimiento feminista amplio frente al gobierno de Bachelet, reconociendo que tenerla a ella en la presidencia produjo muchas ambigüedades y mucha inacción entre las feministas; esto se plantea como un punto no resuelto. Específicamente en su período en la presidencia el feminismo tuvo muchas dificultades para pasar de la ideología a la política. Sin embargo, la Articulación mantuvo una postura crítica y actuó en consecuencia con ella, pero no hubo respuestas desde el gobierno.

Por otra parte, feministas más jóvenes que señalan estar haciendo un ejercicio de reflexión sobre la identidad feminista. cómo se construye y cómo se apropia, plantean con mucha decisión que la historia de las mujeres mayores no necesariamente las convoca con la misma fuerza y no se reconocen en ella. Asimismo, sostienen que hay una cierta

cerrazón que impide hacerse parte plenamente de lo que sería esa identidad feminista. En ese sentido, una contribución se logra cuando hay referentes, cuando hay experiencias más compartidas, cuando se abren espacios de discusión, de grupos de autoconciencia, etc., pues hoy cada una se nutre de la otra. Ellas mencionan que esperan que el feminismo se constituya en una posibilidad real de cambio, no solo en lo macro, sino en lo micro, en lo personal, en la vida cotidiana de cada una, en el cuerpo. Y señalan, asimismo, la inquietud en cuanto a que no desean recorrer los mismos tiempos y caminos que han recorrido las mayores, pues “no se trata de descubrir la rueda nuevamente”.

Finalmente, y derivado de lo anterior, reconociendo el potencial trasgresor del feminismo como camino hacia el reconocimiento de derechos y libertades, se reflexiona respecto del concepto de derechos y si esto puede ser reconocido como un goce que cada hombre o mujer tiene por su calidad de ser persona humana. Hay distintos pareceres, mientras algunas señalan que en la cotidianidad las mujeres en general son capaces de reconocer cuando se conculcan sus derechos, no necesariamente los entienden en su dimensión más política. Otras compañeras, en cambio, sostienen que el concepto de derechos ya está instalado, y cuando existen ciertos logros a nivel internacional o nacional a partir de los cuales los derechos son respaldados oficialmente (caso de Karen Atala) se establece en el imaginario social una condición tal que hace posible avanzar hacia la exigibilidad de los mismos. Esto abre la puerta, por tanto, al uso de estrategias diversas para la promoción, defensa y exigencia de los derechos de las mujeres todas (se adjunta un texto sobre biopoder y biopolítica que presenta una importante distinción entre sujeto ético y sujeto de derechos)¹².

Elementos para la acción: ¿cómo hacer política feminista?

En virtud del análisis de contexto, la convocatoria al taller propuso avanzar en un objetivo central: “*fortalecer la política feminista sobre la base de un Acuerdo Político de Acción*”, de modo de levantar una agenda común y potenciar la incidencia política feminista hacia la autonomía y la libertad de decidir sobre nuestros cuerpos. La discusión en grupos se realizó sobre variados aspectos, los que pueden agruparse en tres grandes líneas de acción complementarias:

1) Fortalecimiento de la visión y la acción feministas

- Reflexión sobre la identidad feminista, cómo se construye y cómo se

¹² Lazzarato, Mauricio. Del biopoder a la biopolítica. Disponible en Internet: <http://multitudes.samizdat.net/Del-biopoder-a-la-biopolitica>

apropia; cómo se produce la transmisión histórica generacional.

- Recuperación de la historia invisibilizada y difusión de la memoria feminista, para revalidar los procesos que hemos ido construyendo y ayudar al acercamiento de agendas, estrategias y discursos con los sectores más jóvenes del movimiento.

- Estudio, comprensión y posible aplicación de conceptos tales como: *affidamento*, sororidad y solidaridad. Reconocimiento de relaciones de poder al interior del movimiento, así como de aspectos emocionales que dificultan las relaciones interpersonales y las posibilidades de coordinar acciones colectivas.

- Organización de los recursos humanos en términos de capacidades, experticias, prioridades o gustos de cada cual, que sea lo más eficiente posible, y establecer una calendarización de acciones (interlocución con el parlamento, con los medios establecidos, las locas de la calle, con los sindicatos, otros sectores sociales). Generar una práctica de seguimiento constante, revisar cómo lo hicimos y cómo queremos replantearnos en la actualidad para fortalecer el movimiento.

- Identificación entre las feministas de algunas mujeres que puedan ejercer un rol de liderazgo o de vocerías, superando el problema de descalificación entre nosotras (lo cual obstaculiza el impacto de hacer política hacia afuera).

- Autosustentabilidad, autogestión, para no perder la autonomía política, en complementariedad con otros financiamientos que, generalmente, implican compromisos de todo tipo. Desde nuestros espacios establecer colaboraciones, enfocar los recursos disponibles de proyectos en los que participamos para acciones en conjunto, prácticas que generen relaciones más solidarias. ¿Cómo nos financiábamos antes? (autogestión dentro del trabajo comunitario, aportes financieros de ayudistas o simpatizantes, platos únicos, formas de trabajo para financiar la papelería, etc.)

2) Posicionamiento social y político del Movimiento Feminista amplio

- Definición de un eje común, un punto coyuntural que nos permita visibilizarnos e identificarnos, un “lugar de habla”, más allá de nuestra heterogeneidad como movimiento.

- Estudio y reflexión sobre “falsos dilemas” basados en supuestos binarios que nos llevan en el debate a situarnos desde posiciones dicotómicas (autónomas v/s institucionales, jóvenes v/s mayores, entre otras). Concepción

de un feminismo más amplio y resignificación de la fragmentación existente como una potencialidad.

- Reflexión temática, movilización y acción en la diversidad que alberga el movimiento entre mujeres y feministas, sabiendo que en algunos momentos puede haber convergencia, y en otros no. “Hay que poner sobre la mesa nuestras diferencias para definir cuales son nuestras afinidades, ¿Qué podemos hacer en conjunto?”

- Realización de diálogos entre mujeres, crear conciencia, develar la sujeción que existe, retomar grupos de autoconciencia, escuelas feministas, trabajo con mujeres en la comunidad, grupos de generación de capacidades (como se hizo en la dictadura, desarrollo de conocimiento). Realización de mapas de intervención y consideración de todas las iniciativas y capacidades en desarrollo, aprovechar las herramientas existentes (Fondo Alquimia, Veedurías, Anamuri, Campaña “Cuidado, el machismo mata”, integración en consejos consultivos de salud, observatorios, entre otras).

- Reflexión sobre nuestra incapacidad para aplicar la ideología a la acción política en la práctica cotidiana.

- Vigilancia permanente y alerta en la coyuntura política.

- Organización de un encuentro feminista regional (Metropolitano, V y VI), en la perspectiva de un Encuentro Nacional Feminista.

3) Articulación con otros movimientos sociales

- Establecimiento de “alianzas estratégicas” (entre mujeres y con otros movimientos), aun cuando no tenemos suficiente historia en el ejercicio del poder, lo cual nos impide una mayor visibilidad como fuerza política.

- Articulación en base a una “*postura pública común, fuerte y visible, y al mismo tiempo mantener nuestras agendas diversas plenamente vigentes*”. Identificar esos temas comunes en la coyuntura, y otros en mediano plazo. En la coyuntura actual un eje estratégico al cual deberíamos responder, como deber político desde el feminismo, es el “discurso conservador” (discusiones del postnatal, propuestas de reforzar la familia, rol de la mujer), hay que develar conceptos y patrones que están detrás. Proponer estrategias de acción intencionadas hacia la opinión pública con alto impacto en sensibilización (por ejemplo: caso Karen Atala, establecer demanda de derechos, juicios una vez al año).

- Realización de acciones con las redes que ya existen, y por todos los

medios, para la incidencia pública y control ciudadano. Difusión del discurso en el ámbito de todas las mujeres, por todos los medios (medios de comunicación alternativos, radios comunitarias) y redes virtuales, facebook, blog, internet móviles, Twitter.

- Discusión y análisis (en el movimiento y con otros/as actores) sobre la propuesta de conformación de un partido político. La lejanía de los partidos políticos, también nos hace estar lejanas del análisis político de lo que está pasando.

Intervenciones, diálogos y preguntas

Moderadora: Tenemos ahora un tiempo para preguntas y comentarios. La idea es juntar unas cuantas consultas para que luego nuestras panelistas las puedan comentar. En lo posible, digan el nombre de la que está o del que está preguntando para conocernos un poco más. Está dada la palabra.

Fernando Viveros, UDP: Una pregunta para María Ignacia: frente a esa revisión de los pensamientos en torno al feminismo, te escucho hablar de lo postidentitario, el feminismo sin mujeres, el sujeto subalterno, el para qué de la libertad, la cuestión del devenir mujer, por un lado. Por otro lado en el qué hacer, aparece este impulso de estar en todo, para preguntar y hacer de todo. Frente a esa actitud, ¿cómo te sientes tú, personalmente, y cómo evaluas tú la imagen política de Michelle Bachelet? Porque creo percibir, dentro de este esquema, que como sujeto político, fue más bien un ícono mediático muy relacionado con la imagen de una gran madre de Chile con características de simpatía, empatía, protección, acogida, etcétera. Entonces, ¿cómo desde esta actitud tuya de preguntarlo todo, repensarlo todo y estar en todo, piensas la figura de Michelle Bachelet?

A Toli, me gustaría preguntarle, en el marco de la autonomía, las separaciones y las oposiciones y las relaciones de poder que describiste dentro de los movimientos feministas o para-feministas ¿cómo se manejan ahí las relaciones de poder?, es decir, en qué medida, cuando tú dices poder en esos ámbitos, estás pensando en algo distinto a lo que nosotros hemos conocido y hemos construido como los dominios, las hegemonías y las estrategias patriarcales, o si la palabra poder ahí viene a ser el mismo poder de siempre...

María Stella Toro, de Fundación EPES como lugar de trabajo, Educación Popular en Salud, y Feminista de militancia. Quería referirme a una de las preguntas que estaba ubicada en la primera presentación, en la de María Ignacia que era ¿qué es lo importante del feminismo hoy? Y patudamente quiero decir qué es lo importante para mí del feminismo hoy: tiene que ver con lo que era importante ayer también, poder transformar la sociedad desde nuestra construcción feminista, desde los distintos feminismos que hoy están creciendo, juntándose o peleándose en Chile. Creo que eso es tremendamente importante poder decirlo y a veces me pasa, estuve también en el Seminario “Feminismo sin Mujeres”, a veces, en otros discursos que uno escucha, lo pos se me pierde ¿no? Se me pierde en un sujeto que se me diluye, que se diluye, que se me va y se me pierde el feminismo como una postura política, de transformación social, que es para todos, que no es solo para las mujeres y que para mí principalmente tiene que

ver con develar y luego poder deconstruir las relaciones de poder, que en el caso de las mujeres nos han tenido en una situación de subordinación. Y lo otro, estaba pensando en torno al debate sobre la institucionalización y la autonomía, reconociendo que ha sido súper importante dentro del feminismo en Chile y en Latinoamérica, creo que es hora de resituar esos términos. Probablemente no reflejan todo lo que fue, si yo me digo autónoma y yo trabajo en una institución al final era que no se podía...ahí hay cosas que quizás no se trabajaron bien y creo que tiene que ver con lógicas de acción que eran distintas y que probablemente sería bueno volver a analizar y a retomar.

Beatriz Sotomayor, de Feministas Feas: Quería preguntarle algo a Toli sobre algo que dijo María Ignacia, respecto a estas nuevas posturas sobre las que hacía mención María Ignacia, del feminismo sin mujeres. Yo no he escuchado el pronunciamiento de las lesbianas o de esta representante respecto a ese tema y me interesa saber cuáles serían las conexiones, las rupturas.

Magdalena Valdivieso, Colectivo Conspirando. Para las tres panelistas, porque de hecho las tres se refirieron a lo mismo desde distintas perspectivas. María Ignacia hablaba de una mínima cuota de subjetividad feminista en común. Gloria planteaba cómo nos podemos ubicar en lo que queda o en lo que pudiera ser una agenda feminista y Toli planteaba qué podemos tener en común. Entonces, para ustedes, ¿qué conformaría esa mínima cuota de subjetividad feminista común?

Moderadora: ¿Alguien más o hacemos una primera ronda de respuestas?

Vanessa Naranjo, Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual: Si nos ponemos de acuerdo con ese mínimo común denominador ¿cómo hacemos en ese mínimo común? En otras palabras ¿cómo hacemos para fortalecer y aquí retomo, a lo mejor, la ponencia que iba hacer Debbie Guerra, cómo nos fortalecemos de aquí en adelante?, porque a mí me preocupa ese tema, en el contexto en el que estamos. Siento que tenemos que empezar a movilizarnos de alguna manera para que no nos pasen la apladora por encima.

Primera ronda de respuestas

Toli Hernández: Antes que todo un alcance a Fernando, respecto a lo que planteaba. Me parece que es importante enfatizar que Michelle Bachelet, independientemente de que la vea como un proyecto de continuidad dentro de este marco político concertacionista, de este ícono mediático, que la madre de Chile, que la simpatía, me parece, repito, que

son posturas súper inferiorizantes respecto de lo que es la mujer y va reproduciendo, en definitiva, lo que el feminismo ha tratado de desarticular. Ese alcance me parece que es importante, aunque la pregunta no iba dirigida a mí. Lo otro, respecto de la pregunta sobre el poder, el poder para mí tiene que ver con la hegemonía, hegemonía como un sentido común, que construye posiciones de inferioridad y, en ese sentido, sean donde sean que se expresen, van a transitar por las mismas lógicas, por lo tanto, esos poderes por los cuales tú me estabas formulando la pregunta son el mismo poder que conocimos, que conocemos, pero en distintos contextos. Para mí el poder es igual aquí y en la quebrá' del ají.

Respecto de la autonomía e institucionalidad, rescato mucho lo que se dijo, de que este es un ejercicio plenamente introductorio, lo que yo he hecho es recoger las miradas en términos generales y en donde, por cierto, hay un sesgo personal, aunque uno trate de ser neutra, y en ese sentido, creo que estas mesas y lo que logremos articular de aquí en adelante, o con las mismas lesbianas en el movimiento lésbico feminista, etcétera, es el inicio para seguir profundizando en un tema que aún no está zanjado, que no está develado, que no está confrontado y que de pronto funciona en lógicas que están entrampadas, desde mi particular visión.

Sobre feminismo sin mujeres lesbianas, el posicionamiento, la multiplicidad, la verdad es que he pensado en eso, más cuando me han ligado respecto de movimientos *queers*. Nosotros hicimos con Freya Schneider, el *drag king*, en una performance de la masculinidad en donde en realidad lo que intentábamos hacer era esta deconstrucción de la masculinidad respecto de lo que son estos originales o estas cuestiones que igual nos remiten a situaciones de inferioridad. Feminismo sin mujeres... uno puede entender ¿ya? no es la mujer típica, común y corriente, es la mujer quizás de la Monique Wittig, esa que no entra en este código heterosexual, de los roles, de la representación, de lo sumisa y uno podría verlo así, pero siempre me parece sospechoso, el hecho de que ¿por qué esa mujer?, ¿por qué no el hombre? si entra en el mismo código, creo que hay situaciones que uno tiene que ir problematizando y por qué un feminismo sin hombres, me parecería incluso más provocador desde mi particular perspectiva respecto de las discusiones que se pudiesen dar aunque pudiese ser que entráramos nuevamente en esta lógica binaria del hombre-mujer, o sea... no es por donde quiero transitar tampoco, finalmente... creo que eso era, ¿no?

Gloria Maira: ¿Qué tenemos en común?

Toli Hernández: Que somos lesbianas, ya lo dije. Entiendo que se entiende el sentido de ser lesbiana, o sea, no permito particularmente que me reduzcan tan solo a una práctica sexual, reducir el lesbianismo a esas prácticas sexuales en realidad es estar inferiorizando una postura, un posicionamiento político que va mucho más allá de eso.

Gloria Maira: Yo quería referirme a lo de la autonomía/institucionalidad, que esto nos pena y nos pena... coincido con lo que dice María Stella en el sentido de que esta es una discusión que se instaló abiertamente a finales de los años ochenta, principios de los noventa, que no es una discusión que se dé solo en Chile, sino que tiene expresiones en gran parte del continente. Es un debate que se produjo dentro del feminismo, donde hay bastante tela que cortar en términos de manifestaciones, prácticas bastante poco feministas, pero con eso yo no quiero desmerecer el contexto político y la percepción política que subyace a esa confrontación. Si recordamos el punto, y yo creo que se ha reiterado a lo largo de nuestra historia como feministas y como movimiento feminista, lo que subyace es la autonomía del movimiento feminista. Para mí ese el debate que está de fondo y que es un debate que no es el mismo de los noventa, pero es un debate que se mantiene. Si una revisa nuestra historia ve que, por ejemplo, en el siglo pasado la consecución de demandas como el voto, se dio a partir de la fortaleza de las organizaciones autónomas de las feministas y mujeres, hasta partido político teníamos y que después la propia Julieta habla de cómo pasamos... Julieta Kirkwood, Eliana Largo, que han escrito sobre la historia del movimiento, de cómo pasamos a una etapa donde nos integramos, nos disolvimos dentro de organizaciones mixtas, dentro de partidos políticos. Con esto no quiero decir que ellos sean los malos y nostras seamos las buenas, pero privilegamos otro tipo de estrategia, por decirlo de alguna manera y la autonomía de las organizaciones se perdió y debilitó el movimiento, así lo pienso yo también. Y hoy siento que la autonomía del movimiento vuelve a estar colocada como un punto de discusión política, no en términos de si interlocutamos o no interlocutamos con el Estado, me parece que es un poco más complejo que eso, sino cómo hacemos una política feminista que impregne, que incida, que mueva. Y en la reunión de la Articulación, en esta que tuvimos hace unos días, viene rondando de hace rato la idea de construir un movimiento político feminista; otra vez se habla de que discutamos la posibilidad de volver a armar un partido político feminista. Siento que ahí están los debates que tenemos hoy, en ese marco de lo que fue antes y lo que debe ser ahora, la discusión respecto de la autonomía del movimiento y creo que es un reto interesante y forma parte de los posibles caminos que podemos tener. Ahora bien, construir un partido son palabras mayores, pero evidentemente si no colocamos la pregunta de cómo hacer una política que efectivamente incida, que trascienda me parece que esa es una de las posibilidades, uno de los caminos que debe estar sobre la mesa.

Qué tenemos en común pregunta Magdalena, ¡todo!, o sea, yo creo que la agenda feminista es la agenda que tenemos desde hace mucho tiempo, en la cual nosotras tenemos que efectivamente agudizar nuestras miradas, aterrizarlas a los contextos actuales. Pero hay algo que tiene que ver con el poder para las mujeres que es algo que tenemos todas

en común, la necesidad de fortalecer a la sujeto-política-feminista, a la sujeto-política-mujer en todas sus expresiones y que va saliendo cada vez con más fuerza; de alguna manera hemos dicho que en este tiempo privilegiamos la interlocución con el Estado, la demanda hacia el Estado y el trabajo directo de autoconciencia, de creación de sujetas, de fortalecer el poder de las mujeres en sus posibilidades de transformación fue algo que no le seguimos insistiendo con la misma tenacidad con que insistimos en los años ochenta. Como feministas tenemos una base común sobre la cual hay que mirar, el asunto es que nos atrevamos a agarrar eso de cajón. Para mí un tema recurrente es el tema del aborto, por ejemplo, le sacamos y le sacamos el culo a la cuestión... o sea, que sí, que no, pero finalmente no lo hemos colocado como un problema que como feministas tenemos que mirar y tenemos que entrar a resolver, qué vamos hacer con el tema del aborto, que no es el aborto, es la libertad a decidir de las mujeres y en esa medida tenemos que abordar y es una discusión que tenemos que hacer, entonces, si hay algunas que plantean un cierto discurso “vamos a demandar el aborto terapéutico”, habemos otras que no nos gusta el lenguaje del aborto terapéutico entonces ¿cómo le hacemos?. Yo creo que sobre la base de entender que la libertad a decidir la autonomía sobre el cuerpo es la base, la agenda, la aspiración, la utopía que tenemos las feministas para con las mujeres sobre eso, qué vamos hacer en torno a problemáticas concretas que nos vienen pesando de hace rato.

María Ignacia Banda: Bueno, en torno a la pregunta sobre la imagen de Bachelet, la respuesta tiene como tres partes. Una es que tengo que hacer una especie de mea culpa en ese sentido, porque no sé si es una cosa generacional o propia, yo creo que más propia, pero me parece que soy parte de un grupo que no se dedicó a analizar la figura de Bachelet, porque se negó al análisis de esa figura, o sea, se negó a siquiera pensar en algún tipo de cercanía con ella. Partió de la premisa de que no era feminista, de que por más que fuera mujer iba hacer lo mismo que la Concertación, la continuidad de la Concertación, incluso se fue en el eslogan no sé si tan útiles para el análisis que tienen que ver con la equiparación de la figura de la Bachelet, o del gobierno de la Bachelet, con la dictadura. Con ese grito “qué tiene la Bachelet que mata igual que Pinochet”, ¡no!, no mata igual que Pinochet, mata de otra forma, quizás mató de otra forma. Quizás hizo omisiones que incidieron en que hubiese una perfección de represión política bastante justificada. Pero no es lo mismo, no era lo mismo. Entonces yo creo que nos fuimos un poco al chanco con eso, no lo digo para favorecer necesariamente su figura, sino para decir las cosas como son. Segundo, creo que muchas feministas descansamos o descansaron en la institucionalización de género que no fue solamente por parte de Bachelet, pero se vio como más notoria o fue más simbólicamente representativa en el período de Bachelet y que su misma ausencia ahora y la fragilidad de la institucionalización del género nos confronta ahora a ver qué tanto ganamos y qué podemos hacer con eso poco

que ganamos. Y lo tercero va por el mismo sentido: lo único que se me ocurre pensar acerca de Bachelet, es qué es posible repolitizar dentro de las medidas que tomó o de los aciertos o desaciertos que tuvo y me parece que en ese sentido el libro que se va a presentar más rato tiene bastante más que decir que yo, porque yo no me he dedicado de verdad a analizar eso, sino solo quizás en un sentido retrospectivo como cuando uno se da cuenta de lo que tenía cuando lo pierde o en realidad al revés, porque no sé qué tanto perdimos tampoco, eso habrá que verlo. Y respecto al tema de lo que tenemos en común, coincido con las posiciones anteriores, creo que lo único que agregaría es (incluyendo a los grupos con los que comparto, que son incluso más disidentes del feminismo que las mismas feministas autónomas, que aún a ellas les adjudico cierta compatibilidad o factor común denominador con nosotras) lo que hablaba con anterioridad del devenir mujer, o lo que Simone de Beauvoir dice “no se nace mujer, se llega a serlo”, todas llegaron a ser mujer en alguna época y las rupturas que hicieron con eso o las continuidades que hicieron con eso, las posibilita o las hace partícipe de un factor común denominador con el feminismo. Y bueno, lo demás, lo que había dicho Gloria, acerca de la necesidad de formar un sujeto femenino fortalecido, el poder para las mujeres.

Moderadora. Bien, nos queda todavía un tiempo, no sé si hay alguien que quisiera hacer un comentario, una pregunta...

Alicia Frohmann: Soy feminista desde hace mucho, mucho tiempo con un gran sentido de autonomía y con rabia de que hay un grupo que se apropie ese nombre, pero bueno, exactamente como se decía hay tanto feminismo como feministas en buena parte. A mí este espacio de encuentro, de reencuentro, bueno, me encanta. Esa mirada hacia el futuro que varias de ustedes han planteado la encuentro muy necesaria, porque la aplanadora, bueno, ya está funcionando. Creo que en parte también nuestra evaluación sobre estos cuatro años la vamos a poder hacer por la masculinización brutal de muchos espacios públicos del Estado que se está produciendo, yo creo que es algo, bueno, muy reciente, no... más que decir, mira aquí, allá, contar anécdotas, por supuesto no tenemos una reflexión aún sobre eso, pero es algo que va a ser importante seguir de cerca. Otro tema en discusión que hemos tenido muchas veces como feministas es que nuestro empoderamiento solamente es posible también a través de una valoración de las cosas que hemos logrado. Si pensamos de cuando en 1983 las feministas en un acto fundacional se pararon delante de la Biblioteca Nacional, si vemos ese momento y el momento actual nos vamos a dar cuenta que hemos recorrido un largo camino como feministas y como sociedad. De hecho, lo que planteábamos en esa época es que los temas que poníamos sobre la mesa no eran temas de las mujeres o de nosotras como feministas, sino que eran temas de la sociedad y en parte eso se produjo y sí, eso llevó también a una cierta forma de ‘dilusión’, no sé exactamente como sustantivar el diluirse,

pero era también uno de nuestros objetivos. Yo encuentro muy importante este espacio, escucharlas, no había tenido oportunidad de escucharlas en algún tiempo y ojalá esta mañana pueda salir también una agenda para un trabajo en conjunto a futuro, un trabajo de encuentro, de reencuentro desde nuestras diferencias también, gracias.

Kena Lorenzini: Yo quiero decir algo que quizás puede ser medio naif, pero en realidad para mí Bachelet fue como algo simbólico y bien simbólico en el estilo ícono animita. Cuando Bachelet fue elegida, de alguna manera uno pone fantasiosamente muchas expectativas, yo estoy segura que una se ciega en algún momento cuando se convence de que Bachelet es como una. Creo que Bachelet, a lo mejor estoy prejuiciando, no sabía mucho la diferencia entre género y tela ¿ya? y ella fue aprendiendo muchas cosas en el camino y algunas cosas las hizo y otras no, y estoy segura que si Bachelet no hubiera sido elegida estaríamos mucho más atrás. O sea, los panfletos de la CUT no llamarían a todos y todas, Piñera no se vería obligado a nombrar mujeres en su gabinete, o sea, yo creo que hay avances que hubo que no habrían habido. Sin embargo, sigo pensando que de alguna manera es un simbólico medio ícono, medio medallita, medio naif, pero que a mí me hizo bien, anímicamente a mí me hizo bien y estoy segura de que a un montón de mujeres les subió el ánimo y se atreven a pensarse hoy día como sujetas mujeres de derecho. Yo tengo un programa de radio y veo que hay mujeres incorporándose en la temática de las mujeres y en la cuestión de los derechos. Es fundamental que vayan aumentando las mujeres que al menos se quieran incorporar al deseo de hacer ciertos cambios y avances y jugársela por nuevos derechos, aunque sea a través de estos simbólicos medios íconos.

Fernando Viveros: Yo comparto lo tuyo, me doy cuenta que la percepción que estoy teniendo de Bachelet es como muy coyuntural, pero comparto mucho lo que tú dices, respecto a una cosa como subterránea que pasó, un ánimo muy grande que había en todo eso, así que retiro, digamos, mi crítica, digamos, quizás sonó muy fuerte, pero para María Ignacia, de nuevo y haciendo preguntas 'nice', me gustaría saber un poco más, muy cortito, me gusta mucho eso del asunto devenir mujer y me gustaría saber si ahí se centra algo muy importante de tu propia experiencia feminista en esa expresión del devenir mujer o devenir mujer y libertad. Y en relación a Toli, estoy muy en desacuerdo contigo en tu manera de comprender el poder, pareciera que tú consideras el poder como si fuera una lógica universalista, no genérica, una lógica del más y el menos, el que tiene y no tiene, esa es una lógica binaria, una lógica binaria, igual a la sexual tradicional, es una lógica excluyente, se tiene o no se tiene, es una lógica de suma cero, ¿ya? si alguien tiene es porque otro no tiene, es de la diferencia por abstracción, entonces, me pregunto si el esfuerzo de pensamiento del feminismo como... voy hablar yo de los masculinismos, en los cuales yo estoy metido, no debemos hacer un esfuerzo

por encontrar una ley diversa del poder, tenemos que pensar y repensar la posibilidad de lógica no binaria para el poder y de otra forma de la diferencia, del empoderamiento y en el caso mío, personalmente me pregunto y te pregunto a ti, si algunas cosas que escribió Derrida ¿no serían importantes para pensar una ley distinta del poder?

Patricia Olea, de Sol y de la Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual: Yo quería decir acá que los avances o los logros no hay que dejarlos solo a nivel de tal o cual gobierno, porque me parece que no nombrarnos a nosotras mismas es miserable, o sea, yo creo que lo que hay, lo que hemos puesto las mujeres no ha sido poco, yo creo que todo lo que se ha podido lograr o considerar como avance ha sido gracias a la lucha, al trabajo, al activismo de las mujeres y sus organizaciones. Yo creo que es importante la memoria, que es importante la lucha que hemos dado las mujeres desde tiempos ancestrales y no reconocerlo y dejarlo a nivel de tal o cual gobierno me parece que es invisibilizar totalmente a un movimiento, importantes movimientos sociales y los movimientos de las mujeres y de feministas.

Valentina, del Colectivo Mujeres Públicas: Me gustó mucho lo que decía Toli respecto a una de las divisiones que se habían dado cuenta ustedes que habían tenido dentro del movimiento lésbico y que era el tema más allá de la discusión, digamos, de autonomía institucionalidad que particularmente a mí y a mi colectivo nos interesa mucho, nosotras nos juntamos con todos y me interesó mucho la división que se formó entre pensadoras y ejecutoras, porque desde mi perspectiva esa es una de las divisiones fundamentales dentro del ámbito de lo político que se conforma en el contexto del patriarcado. A mí no me había importado el feminismo de manera particular como para llegar a militar en él, hasta que me di cuenta de esa diferencia súper marcada en, por ejemplo, en el movimiento estudiantil donde yo participaba, en que las niñas pintaban carteles y los niños se juntaban en los pasillos a hablar de cosas tan interesantes, etcétera...la pregunta es ¿cómo tomamos esa perspectiva y esa división que se genera al interior del movimiento? ya quizás no por un tema de hombres y mujeres, porque casi no hay hombres, digamos, dentro del feminismo, sino por un tema de quizás a veces de edad, de historia, de que yo participé en tal cosa y tú no, o de que yo me he leído tal libro que tú no te has leído, etcétera. ¿Cómo tomamos esa variable? que es súper relevante en política para hacer un feminismo de verdad, digamos, igualitario y que no reproduzcamos los vicios del patriarcado.

Moderadora: No sé si alguna de las panelistas se motiva a comentar muy brevemente...

Toli Hernández: Respecto del poder yo asumo lo que tú indicas. La verdad es que cuando menciono ese poder lo relaciono al texto que yo estaba situando precisamente

y lo vinculo con lo que estaba diciendo la compañera... y lo sitúo desde el texto del poder vinculándome y aceptando algunas de las cosas que tú dices en esta lógica de universalización. No voy a recurrir a Derrida en todo caso, me dirigía fundamentalmente a esta lógica que, si en la medida que se exprese va reproduciendo y preservando las mismas realidades independientemente de las expresiones, o sea, es súper general, quizás podemos ir profundizándolo en el camino ¿ya?

Respecto de la pregunta que tú me haces es bien complejo, yo creo que es iniciático el hecho de poder develar estas cuestiones, de ponerlas encima de la mesa, de anticiparse. Quizás pueda ser reiterativa y pensándolo aquí en el camino, esta anticipación merece la reconstrucción histórica de la memoria, de las cosas que nos han ido ocurriendo y que efectivamente si existen estas relaciones de poder en términos del pensamiento como tú lo estabas planteando, como yo lo dije en el texto, que si existen ciertas tensiones respecto de esta juventud o de esta historia o de experiencia de la juventud y este movimiento feminista histórico que decimos ¡pucha! son construcciones que se han ido desarrollando, pero en el momento en que se enuncian, que están allí, hay que conversarlas, hay que profundizarlas. Insisto, creo que el primer paso es develarlo, el primer paso es ponerlo en la mesa e ir enunciándolo sin acallar estas discusiones. Es necesario que emerjan estas confrontaciones, que surjan las diferencias, porque si no entramos en una lógica de consenso que mal nos ha hecho.

María Ignacia Banda: Bueno, sé que el tema del devenir mujer o el haber llegado a ser mujer para muchas acá puede ser bien repetitivo, porque cada una ha tenido su propio proceso de darse cuenta de los conflictos que le ha provocado ser mujer, pero quiero responder al compañero. Cuando me refiero al tema del devenir mujer, me refiero a mi experiencia, porque hay devenires múltiples, o sea, no podría hacerme cargo de los otros. Para mí, haber llegado a ser feminista tiene que ver con haberme dado cuenta de cómo llegué a ser mujer y qué podía o qué necesitaba hacer con eso o contra eso, en un principio fue “quiero deshacerme de lo que soy hasta ahora”, después darme cuenta de que no es tan fácil, que hay una especie de mujer teórica encarnada en estas mujeres concretas. Pero claramente es una cosa netamente experiencial. Igual quería hacerme un poco cargo, aunque no alcanzo, de lo que decía Pati Olea, porque de repente, en esta idea de “pensemos el gobierno de Bachelet”, nos vamos en una lógica bastante dicotómica del gobierno versus nosotras que, claro, por una parte es así, porque estamos apelando siempre al gobierno, pero por otra parte el gobierno no es solamente el gobierno, sino también nosotras y la incidencia que nosotras hacemos en él o cómo nosotras gobernamos al oponernos al gobierno, entonces, sí... quería apoyar lo que había dicho recién y hacerme cargo de que partimos en una lógica bastante dicotómica al respecto.

Moderadora: Muchas gracias.

Presentación del libro “Y votamos por ella”

Regine Walch, Fundación Heinrich Böll Cono Sur.

Buenos días y muchas gracias. En primer lugar, quiero felicitar al Instituto de la Mujer, especialmente a Carmen Torres y Alessandra Burotto por el importante trabajo iniciado, por organizar un proceso de reflexión sobre los impactos de la primera presidenta de Chile, Michelle Bachelet, bajo una perspectiva feminista crítica y por publicar este libro.

Antes de decir algunas palabras sobre la motivación como Fundación Heinrich Böll Cono Sur al auspiciar y participar en este proyecto y en este encuentro, quisiera indicarles que mi punto de vista viene de haber estudiado sociología y ser alemana, participar en el movimiento feminista o los movimientos feministas allá en Alemania y ahora vivir desde hace dos años en Santiago de Chile, por lo que mi mirada de este país y de otros temas tiene sus límites. Creo que siempre es importante conocer el contexto de donde vienen los conocimientos, pensamientos u opiniones, es por eso que lo explico.

Nosotros como Fundación Heinrich Böll Cono Sur hemos contribuido con nuestro auspicio y nuestra participación en este proceso de reflexión, porque la igualdad de género y, como decimos, “la democracia de género” es uno de los rasgos distintivos más importantes de nuestra Fundación. Como Fundación política alemana, afiliada con el Partido Verde, nuestra misión específica es incentivar la promoción y el debate de la igualdad de género. En nuestro estatuto, es una ley fundamental y está formulada en un párrafo que dice: “Un objetivo especial será la realización de la democracia entre los sexos como relación exenta de dependencia y predominancia. Esta tarea será un ideal fundamental tanto en la corporación interna como en las actividades públicas de todos los sectores”.

Con nuestro trabajo cuestionamos la discriminación en cualquiera de sus formas, las injusticias y las relaciones jerárquicas existentes. En este sentido, trabajamos para visibilizar y superar las desigualdades que aún se dan entre hombres y mujeres en la participación pública, económica y social, además de promover la incorporación de una perspectiva de género en instituciones públicas y organizaciones de la sociedad civil de forma transversal.

Michelle Bachelet llegó en el histórico contexto chileno de desigualdad persistente de género, de discriminaciones y restricciones de los derechos humanos de las mujeres en el ámbito de la sociedad, en los ámbitos político, laboral y familiar. Sus primeras acciones como presidenta fueron el nombramiento de un gabinete paritario, con igual número de ministros y de ministras, y la elaboración de la agenda de género. ¿Qué significó eso? Para mí, en primer lugar, la inclusión en su primer gabinete de mujeres, proporcional a la de hombres, mostró la posibilidad real de que las mujeres estén en el poder ejecutivo, espacio en donde se toman decisiones y Bachelet probó que solo se necesitaba de voluntad política para hacerlo. En segundo lugar, hizo comprender de manera concreta el significado de la paridad en un contexto en que el espacio público hasta este momento había sido construido sobre la división sexual entre lo público y lo privado, es decir, junto con el ingreso de las mujeres a la esfera pública surge la demanda de que los hombres asuman su responsabilidad en el espacio de producción social de la familia.

En el libro, Gloria Maira muestra las limitaciones que la sociedad chilena todavía impone a las mujeres al tomarlas, ficharlas y reducirlas a la maternidad no obstante, que las jóvenes manifiestan otras opciones en la vida y no solo las jóvenes, las otras también, ¿no? y Gloria pregunta ¿hasta dónde la posición de Michelle Bachelet y la acción gubernamental interrogaron los imaginarios sociales sobre las mujeres? Y sabemos que la autonomía sexual y reproductiva es crucial para las mujeres. Gloria Maira analiza si las construcciones ciudadanas de mayor libertad y autonomía están incluidas en el discurso de defensa de la anticoncepción. Analizando la historia de la política de la planificación familiar desde los años sesenta hasta la reforma de gobierno de Michelle Bachelet en 2007 y evaluando la incidencia de las organizaciones feministas, Gloria resume, en mi opinión, y estoy muy de acuerdo, que la mujer política, la madre y la trabajadora marcan el énfasis de la gestión de Bachelet. Ella es fiel a su trayectoria y experiencia como mujer. Con esta mirada Bachelet colocó la discriminación de género e impulsó una serie de medidas para mejorar la igualdad entre mujeres y hombres, por ejemplo, la ley para superar la brecha salarial o el reconocimiento del trabajo productivo, etcétera, pero su apuesta por la libertad y la autonomía están marcados por dos limitaciones, como dice Gloria. Primero, su opinión contra el aborto y segundo su decisión política de no poner en riesgo la alianza con la Democracia Cristiana dentro de la Concertación.

Si bien la figura de Michelle Bachelet como persona política, como presidenta se redujo a la figura de la madre y por eso no superó la limitación de la mujer a la maternidad, abrió el espectro de opciones de vida para las mujeres. Pero un cambio de una cultura que está caracterizada, en palabras de Pierre Bourdieu, “por la dominación masculina” no es fácil, significa un cambio que facilita que la mujer pueda vivir como

sujeto y no como objeto. Por ejemplo, la mujer está acostumbrada a vivirse como un ser percibido, un cuerpo para otro, al contrario para el hombre es normal vivirse como sujeto, es él que mira”. Y yo creo que esta dominación masculina es muy poderosa, por ejemplo, también tiene el poder de definición. A mí, por ejemplo, me sorprende un poco cuántas mujeres dicen, respecto al tema del aborto, siempre y en primer lugar, *yo estoy en contra* y después comienzan a argumentar. También pasa con el tema de institucionalización, con el tema de cuotas, donde también se dice, en primer lugar, “estoy en contra” y después se opina. Este aspecto también está muy dominado por la definición masculina y por la noción de familia, que sigue siendo un ícono.

También Gloria se refiere en este escenario, después del domingo, después de las elecciones, de la victoria de Piñera, cuando se reúnen las dos familias, no solo de Piñera, sino también la familia de Frei, ese es como un símbolo de “aquí estamos como familia”.

Nadie puede negar que las mujeres han tenido un acelerado proceso de desarrollo y de acceso al mercado de trabajo y, en general, que han escalado posiciones en el espacio público. Sin embargo, falta mucho todavía y las inequidades de género subsisten sobre todo en el ámbito privado, pero es difícil, es como un tabú hablar públicamente sobre lo que pasa detrás de las puertas para adentro, en las cocinas, en los dormitorios, no obstante, es importante conocer la verdadera dimensión de la violencia y la discriminación contra las mujeres.

Entonces, cerrando, quiero destacar que es crucial contar la historia no solo del legado de Bachelet, sino todas las actividades de lucha de las organizaciones feministas dentro de este periodo de cuatro años y también contarlas desde una perspectiva crítica feminista, como se hace en este libro. Yo creo, es un pensamiento personal, que todavía existe la importancia de la calle como espacio donde se articula la ciudadanía y es el espacio para exigir su derecho o sus derechos como ciudadanas, para las mujeres.

Muchas gracias, nuevamente.

Carmen Torres, Directora Ejecutiva de la Fundación Instituto de la Mujer

Bienvenidas y bienvenidos a todas y todos al lanzamiento de este libro, *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*. Realizado por nuestra Fundación en complicidad con siete destacadas mujeres feministas: Raquel Olea, Teresa Cáceres, Uca Silva, Kemy Oyarzún, Tamara Vidaurrázaga, Gloria Maira y Marisa Matamala. Este libro, así como su proceso previo, ha sido financiado por la Fundación Heinrich Böll, a la que agradecemos nuevamente por su confianza y apoyo. Por cierto estamos muy orgullosas de presentárselos, ya vamos a contarles del proceso, y de las reflexiones que les han surgido a las autoras mismas en el proceso.

¿Cómo nació este libro? Brevemente, quiero contarles que nosotras, en nuestra organización, desde que Michelle Bachelet asumió la primera magistratura en marzo de 2006, empezamos a conversar y a preguntarnos, no solo entre nosotras, sino con otras mujeres, con otras feministas y organizaciones, aquí y fuera del país. Nos preguntábamos muchas cosas: ¿Qué significa el gabinete paritario? Después ¿qué significa que no lo haya tenido? Las discusiones que teníamos: “No, en España, significa 60-40” “no, pero acá significa 50-50”. A veces discusiones muy informales, a veces no tan profundas, pero fueron forjando cuestionamientos. Así tomó forma la idea de que, en algún momento, había que dar cuenta de alguna manera, o más bien de diversas maneras, de las implicancias simbólicas, políticas y culturales de la figura de Michelle Bachelet en la política nacional.

No un análisis de su gobierno, aun cuando nos parece por cierto importante hacerlo, sino la *figura* de Michelle Bachelet, de los significados y el impacto que ha tenido, y aún tiene, en las mujeres y en la ciudadanía esta mujer moderna, con sensibilidad de género, y que en enero de 2006 fue electa presidenta de la República. En nuestras conversaciones nos preguntábamos, por ejemplo, qué huellas dejaría el mandato de la primera mujer en el más alto cargo del país. Qué repercusiones tendría para los gobiernos posteriores al suyo haber nombrado un primer gabinete paritario. ¿Cuánto y de qué manera aportaba Bachelet a la equidad de género?, ¿qué se movía en la

política nacional y qué permanecía estático gracias a ella o a pesar de ella?, ¿qué desafíos dejaría su paso por la presidencia?

Le planteamos la idea a la Fundación Fundación Heinrich Böll y le dimos un nombre bien pomposo a este proyecto: Implicancias simbólicas, políticas y culturales de la figura de Michelle Bachelet para la ciudadanía de género. Pero la verdad, es que era eso, pero ¿cómo lo hacíamos? ¿Cuál era la forma, la metodología para llevar a puerto artículos desde una mirada feminista, desde una mirada crítica, y también desde una mirada que planteara nuevos desafíos? Con este trabajo retomamos la línea sobre Participación Política de las Mujeres de nuestra organización, la que, desde sus inicios, ha aportado con reflexiones y conocimientos al debate feminista de los años ochenta, noventa y en los primeros años de este siglo.

Teníamos una lista de cerca de 20 mujeres, pensando en que muchas dirían que no. Pero nadie dijo no, al contrario, prendió el entusiasmo y se armó este círculo de reflexión, que es una vieja metodología del movimiento feminista, de juntarse, de discutir, de no estar de acuerdo, porque obviamente nosotras no queríamos consenso. Queríamos discusión y compromiso, un espacio que nos permitiera abordar y profundizar algunas de las aristas vinculadas a la figura política de Michelle Bachelet, en tanto mandataria, mujer, referente ciudadano, entre otras dimensiones posibles. Quisimos levantar preguntas, acuñar reflexiones comunes y disímiles, comentar en voz alta nuestras inquietudes. Abrir un espacio de diálogos y voces constitutivas de nuevos saberes y nuevas preguntas. No queríamos consensos, queríamos hablar, conversar, discutir, compartir. Y así se dio. El ejemplo más claro, tal como lo decimos en la introducción de este libro, fue la conversación acerca del tipo de liderazgo de Michelle Bachelet: ¿tenía ésto características del rol de madre?, ¿o fueron otros los que le adjudicaron esa connotación?, ¿o su liderazgo fue tan diferente del de sus antecesores que no sabíamos qué nombre darle? Obviamente, no nos pusimos de acuerdo, pero unas y otras argumentamos y defendimos nuestros puntos de vista. Nunca fue la idea, insisto, ponerse de acuerdo.

Para nosotras era importante escudriñar en las consecuencias, marcas e implicancias de la identidad presidencial de Michelle Bachelet. El lugar para abordarlo no podía ser otro que nuestra propia construcción de ideario, el lugar de nuestras luchas, nuestras pulsiones y la idea de libertad y democracia que tenemos.

El espacio que construimos, al que denominamos círculo de reflexión, se conformó con mujeres de distintas disciplinas de las ciencias sociales y tuvo como eje articulador y transversal la mirada feminista. Este círculo de reflexión generó criterios y líneas de análisis, a través de reuniones periódicas para el intercambio de ideas y opiniones, así como para construir una mirada común que permitiera a las autoras profundizar en sus aportes teóricos particulares.

La tarea era identificar y analizar las implicancias que en el plano de la subjetividad social deja el primer gobierno de una mujer en Chile y los desafíos que se plantean hacia el futuro, sobre todo para las mujeres. Tales inquietudes se relacionan directamente con la calidad de la democracia que queremos y, por cierto, con los desafíos en términos de participación, cohesión social y ciudadanía de género.

Hoy les presentamos los resultados, no como fase final, sino como contribución al debate que se está dando nuevamente en las filas de los movimientos de mujeres y feministas. Un debate en un contexto adverso en el que quizás apremia la necesidad de juntarnos. Queremos visibilizar y difundir estas reflexiones, llevarlas a otras actrices y otros actores sociales, propiciar la discusión, el análisis y el debate. Ya sabemos que la sola generación de contenidos, sin la posibilidad de impulsar espacios de circulación y reapropiación de éstos en la sociedad en general, no es suficiente para estimular y fortalecer debates realmente democráticos.

Y para terminar esta breve presentación, queremos decirles que estamos seguras que los artículos de las autoras incluidos en este libro Y votamos por ella les harán reflexionar no solo sobre lo que significó la figura de Michelle Bachelet en materia de justicia de género sino también sobre los desafíos que enfrenta hoy el feminismo. Sabemos que muchas de las argumentaciones que se dan en el libro no generarán acuerdo, pero provocarán preguntas, que es lo que creemos que hay que hacer. Muchas gracias.

Tienen la palabra entonces nuestras comentaristas, Sonia Montaña, Directora de la División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y Olga Grau, Académica e investigadora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Bachelet: ¿Madre o política?

Sonia Montaña Virreina, Directora de la División de Asuntos de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)

En primer lugar, quisiera felicitarlas por esta iniciativa: discutir acerca de Michelle Bachelet expresa la relevancia social y política de su mandato ya sea que se hable bien o se hable mal. No hay nada mejor para una líder política que ser objeto de discusión y reflexión. Quiere decir que no pasó inadvertida.

El punto de partida está en el centro de las reflexiones que orientan las evaluaciones al gobierno de la presidenta Bachelet: ¿Existen hombres y mujeres providenciales?, ¿y cuán providenciales pueden ser los hombres y las mujeres que llegan al poder? Aquí el tema de fondo es si ser mujer o ser hombre implica una cierta manera naturalmente propia de hacer política, lo que nos puede llevar a una respuesta esencialista o, por el contrario, hacia una respuesta que permita a hombres y mujeres ser igualmente perversos o eficaces en el ejercicio del poder. La propia pregunta nos remite a la necesidad de una respuesta que encuentre en las trayectorias políticas las luces y sombras que tenemos los seres humanos en una dimensión que capture la complejidad.

El libro que se presenta, de manera general, muestra una diversidad de miradas y otorga el espacio a la reflexión. Es interesante que sean artículos inspirados en enfoques diversos: hay distintos grados de reflexión crítica, lo que enriquece y a la vez dificulta hacer el comentario, porque siempre cabe la tentación de leer el texto y confrontar las distintas posturas, a partir de la lectura entre líneas a las autoras.

Este libro da cuenta, en algunos casos por acción y en otros por omisión, que la presidenta Bachelet no se encuentra en el cielo sino que es producto de un proceso histórico. Por eso mismo, la pregunta que se plantea en el origen del libro no puede ser respondida en la serie de artículos que lo componen, puesto que para ver el impacto simbólico, cultural y político, no del gobierno de Bachelet sino de la persona, seguramente tendremos que reunirnos dentro de diez años.

¿Qué impacto tiene un personaje en la política? ¿Qué impacto tiene un personaje en la simbología? ¿y qué impacto tiene un personaje en la cultura? Es más fácil mirar el gobierno que ella encarna, en sus luces y sus sombras, porque el hecho de ser el primer gobierno paritario lo hace trascendente.

Es muy interesante el esfuerzo que hace la mayor parte de las autoras por abstraerse del personaje Bachelet para evaluar su impacto en el desarrollo político. Y es muy interesante, justamente, porque a pesar del esfuerzo, por distanciarse del estereotipo *madre-amorosa* que acompañó a esta Presidenta, de alguna manera, esta imagen es el punto de partida de varios de los artículos. En otras palabras, se parte desde estereotipo *madre-amorosa*, *madre-cariñosa*, *madre-acogedora* y se avanza, ya sea para destruirlo, para fortalecerlo o para mostrarnos sus alcances o limitaciones. Es muy sugestivo cómo este estereotipo ha hecho carne en muchas miradas.

Hay poca gente que considere a la presidenta Bachelet como una persona antipática, lo que es extraño, porque todos los seres humanos generamos diversas reacciones: a ninguna persona la quiere todo el mundo. Es muy extraño que a la presidenta Bachelet se le haya entregado el símbolo de ser *la madre de todos*; creo que ese contenido polisémico de la maternidad merece una nueva lectura.

Me parece que es llamativo cómo la mayoría de las autoras toman como elemento de análisis su vestimenta y apariencia. En varios de los artículos hay una reflexión, respecto del uso del color, uso diferente al de los hombres, y su ubicación, en un punto moderado pero femenino, nunca lo suficientemente transgresora como para parecer ni del Villa María ni del Bim Bam Bum. No es ni Sor Teresa ni la Cicciolina. Varias reflexiones se focalizan en su simpatía, la gracia, las tonalidades –rosada, celeste, azul, amarilla. Es sugerente que, en general, el tratamiento de Michelle Bachelet en este libro sea muy afectuoso.

Falta quizás en el análisis el rescate del sentido del humor de Bachelet. He leído, en autores no feministas, el rescate de la imagen de la presidenta como una persona muy divertida, muy pícara, muy coqueta, que mira a Bielsa y le dice ¡guapo! Y esa parte, más erótica y/o sexual de la presidenta no forma parte de lo que, con respeto, me atrevería a llamar puritanismo feminista: ¿qué hace que esta dimensión no se releve, ni desde la mirada feminista, ni desde otras miradas? ¿Será que transgredir la visión Mariana sobre las mujeres afectaría su popularidad?

Pareciera que nos han convencido de que Bachelet es muy buena; *buena madre*, *hermosa y linda madre*. Pero es extraño que no hayan aparecido voces que analicen el lado estalinista de la presidenta; el pasado de izquierda radical que sepultó después de los primeros meses de campaña. Yo creo que lo que uno tiene que preguntarse, desde distintas lecturas, es cómo las evaluaciones más o menos críticas han convergido en un imaginario común de la *madre buena* y una mirada bastante unilateral. Porque así como cuando se critica la frase de un caballero respecto de que la presidenta “no da el ancho”, en ese caso por ser mujer, hay que hacerse cargo de que muchas feministas y no feministas,

críticas y no críticas también dijeron implícitamente que “no da el ancho”, ya no por ser mujer, sino por no ser feminista. En última instancia, por ser demasiado mujer o por ser muy poco mujer, se le acusa igualmente de “no dar el ancho”. Es un tema importante para profundizar en el análisis. A mi juicio aun se requiere un análisis más neutro de su gobierno, de su persona y de su legado. Más neutro en el sentido de mirar más allá de lo aparente y hacerlo en el contexto de las relaciones de poder y de la matriz cultural chilena. No medirla con la vara patriarcal pero tampoco con el feministómetro...Ambas varas son igualmente reduccionistas y debilitan ese tipo de liderazgos.

Quería referirme al impacto que ha tenido la presidenta Bachelet en América Latina. Probablemente, en términos duros, eso está por medirse, pero es evidente que, más allá de si la paridad fue real, fue total, fue flexible, fue inflexible, muchos países de América Latina y muchas organizaciones de mujeres se sirvieron eficazmente de la paridad en Chile para impulsar sus propios procesos: en Ecuador, en Colombia; en El Salvador en este momento. Es decir, más allá del relativismo con que uno pueda mirar el proceso, lo que ocurrió en Chile bajo el liderazgo de la presidenta Bachelet dio pie a que, por ejemplo, en Perú las mujeres postularan una demanda de paridad frente a Alan García. En estos procesos podemos ver cómo a veces la política avanza más rápido que lo simbólico, es decir, los tiempos de lo simbólico no son los tiempos de la política. Sus velocidades dependen de la constelación de fuerzas políticas que allí actúen. Hay una trama de actores que nos dirá cuánto puede avanzar el símbolo y cuánto puede avanzar la política. Ciertamente, si hay un legado que se puede asociar con Bachelet es la paridad. Independientemente del gobierno paritario de Zapatero en España, lo cierto es que para América Latina la recuperación política y simbólica que se ha hecho de la paridad en Chile está profundamente asociada con el gobierno de la presidenta Bachelet y de lo fundamental que fue su voluntad política. Si uno repasa la historia, durante la campaña electoral de la presidenta Bachelet en la que todos los partidos políticos –incluidos los de la Concertación– explicitaron su oposición a las cuotas, a la paridad, utilizando toda la argumentación dura sobre la inviabilidad de la paridad y de los liderazgos femeninos, pese a ello, Michelle Bachelet, *la madre buena y cariñosa*, logró imponer esta noción de la paridad que implica un quiebre histórico en el tratamiento de la mitad de la electoras como una minoría virtual. La Paridad le devolvió a Chile la noción de que las mujeres son la mitad de las ciudadanas.

A la hora del saldo político, en un contexto en que sabemos que la política no es solo símbolo sino negociación, uno tendrá que reconocer que la presidenta Bachelet fue capaz de negociar la paridad en un contexto totalmente adverso: con un sistema político en contra, con una sociedad tremendamente conservadora y con una masa crítica de mujeres que no tenía la suficiente fuerza como para acompañar su agenda política. En

ese contexto, hay un elemento muy interesante para ver cómo el tema la paridad se instala bajo un liderazgo determinado. Luego, si nos vuelve a invadir el esencialismo, podríamos decir que las mujeres que ocuparon los cargos no eran feministas y, pese a que eso cierto simbólica y políticamente, esas mujeres hicieron un cambio cultural irreversible en la cultura de esta sociedad. Aunque en el futuro surjan muchos gobiernos con menos mujeres, el referente político de la igualdad en política en Chile seguirá siendo Bachelet. Es más, me atrevo a decir que si otros gobiernos incluyen mujeres no tendrán el mismo valor mientras no nombren esa igualdad. La paridad es importante porque permite mejorar la calidad de la democracia aumentando la presencia femenina en la toma de decisiones y extendiendo las fronteras de la representación política. Pero esto solo es posible cuando esa participación se nombra y se visibiliza política y simbólicamente. En ese sentido, el legado de Bachelet tiene dos aristas: la legitimidad del respaldo ciudadano que, termina con 80% de apoyo, a su persona y la capacidad de transgredir los límites partidarios y de la élite, constituyendo un gobierno paritario.

Ahí hay un elemento muy interesante de cómo Bachelet logra imponer una idea de la paridad. Hoy en día tenemos a Venezuela, Ecuador y al Estado Plurinacional de Bolivia, países que a partir de la reflexión de la experiencia chilena instalan el principio de paridad en su Constitución, cosa que históricamente no habría sido posible. De la misma manera que al mirar la historia no sabemos qué va a pasar con los pueblos indígenas de Chile, después de la experiencia de Evo Morales, lo mismo vale para las mujeres de América Latina. La experiencia de Bachelet proyecta que algo está cambiando. A mi juicio, la imagen de la presidenta no es la de *Santa María Bachelet*, ni la de *madre gordita simpática*, sino la de una política exitosa que llega al poder. Esa es otra forma de mirarla. Uno tendría, por supuesto, que analizar con más distancia en el tiempo las grandes ausencias del gobierno de Bachelet que están señaladas también en el libro: el tratamiento del tema mapuche, no hubo avance en los derechos reproductivos, se paralizaron los derechos laborales, hay una larga lista de desafíos políticos que efectivamente dejaron en el tintero la gestión de la presidenta Bachelet.

Algunas autoras relacionan: la construcción de un nuevo imaginario femenino en la imagen de la banda presidencial cruzando el pecho de una mujer y reproducido por muchas otras. Efectivamente, la banda presidencial es otra imagen que ha recorrido América Latina. Esa percepción muestra una doble dimensión que quisiera subrayar y que está en el libro: Bachelet no es una figura providencial sino un punto de inflexión. Ella es un punto de llegada de algo que ya se había gestado y, al mismo tiempo, es el punto de inicio de algo que puede o no puede continuar bajo distintas formas, es decir, la presidenta Bachelet encarna un momento histórico donde convergen un conjunto de fuerzas políticas que hacen posible que se vote por ella y que otras elites políticas, en otros países, lo integren como parte del panorama posible.

Pasando al terreno pragmático de la política, el menos sublime, el espacio que no es el espacio del *qué quiero ser yo en la vida* sino del *qué es lo que yo puedo hacer* sugiero que es muy importante diferenciar entre el análisis sobre los desafíos futuros del feminismo, que tienen que ver con hacia dónde quiero caminar, cuál es la mirada estratégica y cuál es el sueño de lo imposible y, por otro lado, la evaluación de un gobierno que mañana se acaba, porque tiene cuatro años de duración y tiene una responsabilidad política frente a un país y un Estado. No se puede esperar de una gestión de gobierno lo que requiere de procesos más largos y actores políticos y sociales mejor articulados

En este sentido, los registros del análisis tienen que ser diferenciados para no evaluar el gobierno de Bachelet a la luz de las categorías de lo simbólico, ni evaluar el valor simbólico de su gobierno a luz de los resultados políticos. Si bien sabemos que no puede prescindir el uno del otro, tenemos que hacer el esfuerzo por diferenciar el análisis del impacto simbólico del cambio político producido.

El cambio político real que, también a mi modo de ver, fue de gran valor en América Latina, es que un país como Chile que fue el emblema de sistemas de pensiones neoliberales como las AFP, que fue el símbolo de la privatización en el sistema de pensiones, que fue la expresión más ajena al principio de la solidaridad social, sea capaz, no de hacer una reforma previsional socialista, ni universalista, sino de construir un pilar solidario que les otorga a las mujeres que no trabajaron remuneradamente durante muchos años, la posibilidad de tener una jubilación al final de sus días, con un discurso ambiguo: maternalista por un lado y, sin embargo, tremendamente igualitario, en lo referido a disminuir las brechas sociales que hay en este país. La presidenta Bachelet, a mi juicio, también encarna la capacidad de abrir el debate sobre una reforma al sistema previsional que fue la columna vertebral del sistema económico chileno durante la dictadura y después de ésta.

No obstante, uno podría preguntarse cuánto margen tuvo ella para hacer esos cambios y otros a los que no me voy a referir. O una podría preguntarse por el espacio que hubo para que las mujeres se expresaran por la píldora del día después. O por el espacio que hubo para que los derechos de las mujeres temporeras pudiesen ser planteados públicamente y para que, a su vez, hubiera una cierta legitimidad de la voz de las mujeres. En uno de los trabajos, el de Teresa Cáceres, ella nos dice que las mujeres no están autorizadas. Pero, precisamente, lo que los cuatro años de mandato de la presidenta Bachelet mostraron, a mi juicio, es que ella no pidió permiso para hacer cierto tipo de cosas y esto es parte de su legado simbólico. Si una mira a otras líderes políticas de otro signo político veremos que si hay algo que las hermana, es que no tienen que pedir permiso, porque en el momento en que las mujeres pedimos permiso no llegamos.

Otro punto que se releva en varios momentos del libro es la diferenciación entre la candidata y la presidenta. Se dice que, como candidata, Michelle Bachelet es subversiva, pero que cuando llega al gobierno como presidenta tiene que pactar. A título personal, debo decir que la capacidad de negociación me parece buena: sería grave tener una candidata que se mantenga haciendo retórica verbal cuando tiene que gobernar. Yo postulo que necesitamos mujeres que lleguen al poder con capacidad de gobernar y para eso tienen que tener la capacidad de negociar. Esto puede molestar a más de alguna, pero creo que la capacidad de negociación es un requisito para hombres y mujeres, así como la capacidad de construir consenso, de hacer gobierno, y en esto, la presidenta Bachelet fue muy capaz. Justamente, en el marco de estos procesos de negociación se señala el fracaso de la ley de cuotas en el parlamento; me parece que, en el caso chileno, está íntimamente ligado con la eliminación del sistema binominal. En otras palabras, Chile no es un país donde se puede discutir las cuotas de género en política sin desmontar el sistema binominal. Por lo mismo, estamos dentro de una negociación política mayor que demanda un trabajo más profundo con los partidos políticos.

En la misma línea, un elemento que recupera el artículo de Uca Silva es el del enigma que representa Bachelet: en qué medida representó lo femenino en política. Uca Silva se pregunta cuánto es lo femenino, y creo que más allá de las respuestas que plantea, que me gustaron mucho y considero muy interesantes, abre otra veta de análisis, al igual que Kemy Oyarzún: el tema de la representación política. Qué representa Bachelet; qué debe representar una candidata desde una mirada distinta. Una mujer como Michelle Bachelet, ¿tiene que representarnos simbólicamente a las mujeres en nuestros cuerpos? o ¿tiene que representarnos a hombres y mujeres en nuestra ciudadanía? Creo que aquí hay un debate importante, porque si uno pretende que las mujeres que gobiernan sean iguales a una, el resultado, al evaluarla, será indefectiblemente que nunca va ser igual a una. Partimos con un principio de validación deficitario, porque quien nos gobierna no nos tiene que representar porque es un espejo nuestro, sino porque es mejor que nosotras. Nos tiene que representar en el sentido republicano de reflejar democráticamente la diferencia. Es más, uno vota por alguien que uno cree que es mejor o que, por lo menos, lo va a hacer mejor que uno estando ahí. Al darle la confianza política a una candidata uno le está dando la confianza para que haga no solamente lo que uno piensa que debe hacer, sino sobre todo para que sea fiel a sí misma. Esa noción se contrapone con la de representación como un espejo, que viene del esencialismo, y según la cual una candidata solo por ser mujer debe ser feminista, y feminista radical y feminista comprometida y aprobar el aborto, porque si no, la descalificamos.

Esta distinción nos lleva a pensar, como lo hacen varias de las autoras en este texto, en una idea de que hay una mujer que llega al poder y que, sin embargo, recibe

una diversidad de presiones, de influencias, y que debe representar una diversidad de identidades, porque ella no se presenta como candidata feminista, no se presenta como candidata mujer, se presenta como candidata de una coalición de partidos y tiene que ser fiel a eso, no se presenta por los ovarios que tiene, se presenta por el programa político que está defendiendo. Aquí la pregunta que no se hace es por qué evaluar a una líder política con los parámetros con los cuales ella no fue elegida en lugar de medirla a la luz de lo que ella prometió, que es como se evalúa a los gobiernos en general. Vuelvo a decir: una presidenta no es un personaje providencial, tiene que estar sometida al escrutinio público a partir de su oferta política.

En ese sentido, este libro es un aporte al escrutinio público de una gestión política en la que se puede ver una diversidad de puntos de vista, pero donde predomina el énfasis en el cambio simbólico y cultural y solo en menor medida en el cambio político, lo que quizás nos priva de poder reconocer aquello que es más identificable en el corto plazo: los cambios de la política, el cambio de las leyes, la importancia de que el sistema de salas cunas en Chile se haya expandido, la importancia de los cambios en el ámbito de la salud y la vivienda

Pienso que se requiere un esfuerzo por no mirar con el lente de lo simbólico-cultural sino articulando lo político con lo simbólico para dar cuenta, primero, de una Bachelet menos virginal y más humana, una Bachelet más pragmática que dulce, una Bachelet capaz de planear maniobras políticas y, al mismo tiempo, ser eficaz. Esta conjunción de lo político con lo simbólico, le hace bien al análisis de la presidenta Bachelet, pero le hace bien al análisis de cualquier otra mujer, sea Cristina Kirchner en Argentina, sea Laura Chinchilla en Costa Rica. Hubo otras mujeres en América Latina y vale la pena reivindicarlas, muchas de ellas por vía constitucional y electoral, que en el 'feministómetro' tendrán todas su lugar. Vale la pena compararlas, para darnos cuenta de que en el momento histórico en que Bachelet fue presidenta, ya se habían cristalizado las obras del movimiento feminista. A Michelle Bachelet, a su pesar, no le quedó más remedio que ser feminista en muchos sentidos, probablemente porque había una historia política, porque había un movimiento de mujeres que había dejado un espacio vacío. Respecto a esto último, alguien decía esta mañana, y con eso termino, que quizás la mirada crítica hacia la presidenta también requería una mirada autocrítica del movimiento de mujeres. Para cerrar, dejo una pregunta: ¿Por qué fue Comunidad Mujer la fuerza política que más presencia tuvo detrás de la presidenta? A mí como extranjera, como mirada de fuera, siempre me llamó la atención, nunca pude entender por qué la base política femenina de la presidenta Bachelet se instaló en Comunidad Mujer, en desmedro del movimiento feminista. ¿Será porque realmente no nos estamos haciendo cargo, como se ha dicho, de los logros de las mujeres, una de cuyas expresiones fue su

gobierno. o será porque la presidenta Bachelet no es considerada lo suficientemente feminista para algunas mujeres?

Bachelet: Triunfo y fracaso de una expectativa política

Olga Grau, académica e investigadora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

Agradecimientos a Carmen Torres y Alessandra Burotto, editoras del libro *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*¹³), por la invitación a presentarlo y por los recorridos que me fue posible transitar a través de las inteligentes y provocadoras miradas de sus autoras.

Siempre un libro colectivo sin capítulos demarcados suscita el interés por comprender las decisiones editoriales, la lógica de su ordenamiento secuencial, el cosido del texto. Si esto no se hace obvio en este caso, lo que sí se hace manifiesto de manera explícita es que el libro quiso ser, desde su gestación, un ejercicio de reflexión feminista crítico que, en el decir de sus editoras, abriera los sentidos de “las implicancias simbólicas, políticas, culturales que llegó y llegaría a desempeñar la figura de Michelle Bachelet en las aguas de la política nacional” (página 13); que hurgara en los significados de los elementos que se pusieron en juego en su liderazgo y su posible impacto en nuestro imaginario cultural y político.

Intenté hacer una lectura desde el interior del libro mismo, en diálogo con las feministas que escriben, convocada por sus análisis diferenciados, heterogéneos y experimentando proximidades y distancias con algunos de los planteamientos presentes en los textos. El libro podría muy bien ser un punto de partida para la expresión de otras perspectivas feministas en sucesivos debates, seminarios, reseñas, comentarios o conversaciones. Recomendando entusiastamente la lectura del libro, la que provoca reflexión y da que pensar sobre nuestras propias posiciones y políticas feministas en el tiempo presente, doy cuenta de algunas hebras que me parecieron interesantes de consignar. Son muchos los aspectos abiertos y que podrían ser considerados en distintas anotaciones y comentarios. He elegido algunos de ellos, pero quiero insistir en que cada artículo, por separado, da lugar a un análisis particular. Tal vez asunto de otro seminario.

¹³ Las referencias hechas al libro mediante citas textuales serán mencionadas con el número de página.

Michelle Bachelet es un signo ambivalente de compleja interpretación para mujeres feministas y de izquierda más radical. Escribir sobre las formas de ejercer el poder de Bachelet, sus estrategias de empoderamiento, su significancia simbólica y política en la sociedad chilena actual, su carácter emblemático, la posible y frustrada utopía que moviliza en el inicio de su mandato con su voluntad paritaria, el impacto en las subjetividades, sus limitaciones y potencias, sus renunciaciones, sus desplazamientos y olvidos, la tensión entre sus deseos y la factibilidad política de éstos, escribir sobre todo ello es un ejercicio reflexivo complejo y de no tan fácil despacho, que queda expresado en este libro.

La distancia crítica, necesaria para la comprensión de un momento de alta significación en nuestra escena política, queda modulada por la cercanía temporal en la que estamos respecto de ese hito histórico de una mujer en la presidencia. En palabras de Teresa Cáceres, la presidencia “ha sido habitada por un cuerpo de mujer”, acontecimiento que la hace interrogarse sobre el hecho de si, efectivamente, se dieron condiciones para que “ciertas dimensiones de un orden establecido, o natural, se pusieran en cuestión” (página 35).

Estamos en tan estrecha cercanía temporal que tal vez se dificulta el poder calibrar de mejor manera las profundidades en que caló socialmente Bachelet, hecho que se manifiesta en la extensa popularidad de la que todavía goza, que recibe no solo los aplausos, sino también la ovación por parte de muchas mujeres y muchos hombres. Pero si bien caló en el afecto social, encalló en medio de las aguas del dominio y de los pactos masculinos y de la mentalidad tradicional, aunque enunciara con fuerza algunas de las demandas sociales, económicas y políticas de las mujeres.

El libro hace ver diversos y variados énfasis en la consideración de uno de los hechos políticos más significativos de estos últimos años vinculados a la presidencia de la República por parte de una mujer socialista, asociada a la memoria dolorosa de la dictadura y al rescate de esa memoria. A la capacidad de lucha política de las mujeres, a la defensa de derechos y a la trasgresión de ciertas convenciones asentadas en el principio de la familia tradicional. De esos rasgos positivos se hacen cargo los textos críticos que componen el libro mostrándolos en tensión con aspectos desventajosos para la evaluación de la figura política de Bachelet.

El enunciado *Y votamos por Bachelet*, que forma parte del título del libro, hace tal vez referencia específicamente a las feministas autoras de los textos y puede suponerse que todas ellas votaron por Michelle Bachelet; de ese modo, testimoniarían una adhesión que tenía y ha tenido ribetes múltiples y nada de llanos, algunos de los cuales se enuncian en los textos con concluyente claridad. El enunciado *Y votamos por*

ella también puede evocar otras expresiones asociadas a otras experiencias con relación a la elección de Michelle Bachelet: Y nosotras que no votamos por ella; Y nosotras que votamos por ella en segunda vuelta, pese a todo; Y nosotras que pese a votar por ella hemos experimentado una suerte de pérdida, de falta.

El lugar de la fisura

El libro responde, como lo dicen explícitamente sus editoras, a un “deseo de identificar lo faltante, de llenar los vacíos que dejaba un discurso oficial” (página 11), deseo ya presente a mitad del 2007. Es entonces la falta la que establece las condiciones de producción del libro; aquello que queda fuera del plano formal de los principios de las políticas de igualdad de oportunidades desde el enfoque de género y de la agenda de género enunciados por la presidenta. Es significativo el concepto de “fisura” que se utiliza en la introducción, para nombrar el lugar de un cierto escepticismo y de una cierta expectación tras el triunfo de Bachelet, intersticio en el que habitan las mujeres feministas que no lograrán encontrar en las políticas de Bachelet los enunciados y las prácticas garantizadoras de mayor radicalidad que impliquen efectivas transformaciones culturales y políticas de mayor equidad y justicia hacia las mujeres.

Uno de los textos que hace muy presente la imagen de la fisura es el de Kemy Oyarzún, fisura nombrada como grieta, brecha, entre el “orden existente y el orden de lo posible” (términos que toma de Lechner), la factibilidad y lo imposible de la política. La fisura abriría “en el propio territorio de lo pragmático una proyección utópica y mitopoética” (página 74). Para Kemy Oyarzún, Michelle Bachelet “habitó, precisamente, la grieta crispada entre el sometimiento a la factibilidad (propio del *ethos* concertacionista) y la lucha voluntariosa por abrir paso a lo imposible mediante ese ‘tesón’ y esa ‘perseverancia de mujer’ resaltados durante la campaña” (página 74). Bachelet, podríamos afirmar, abre ella misma una grieta; es decir, no solo habita una grieta, sino que la realiza en su propio modo de gobernar que sugiere trazas de otra posible arquitectónica política, en tanto refiere a signos inéditos en la figura presidencial.

La fisura es también, podríamos decir, el lugar de la paradoja, paradoja en la que insiste el texto de Teresa Cáceres remitiendo, en un momento de su argumentación, a una fuente muy cercana, Julieta Kirkwood, a quien cita, al referirse a una forma de concebir la estrategia política: “una estrategia de visibilización de las acciones, colectivas

e individuales, triunfales y fracasadas, y en casi todos los casos, ambiguas y paradójicas” (página 39)¹⁴.

Habría que situar el mismo libro que presentamos en una zona de intersticios, de suelo agrietado, de dificultad para transitarlo fácilmente. Los análisis presentes en los diferentes enfoques críticos convergen en sus posicionamientos hacia una zona de tensión entre expectativas frustradas, cumplidas a medias, logros provisionales, aciertos congelados. La lectura del libro obliga a presentarlo desde un pliegue, no en el punto de elevación del pliegue, sino en su hendidura. Lo que, incluso, pueda decirse de Bachelet se hace en un espacio de hendidura, de algo que alude a una posible profundidad, pero que comporta también oscuridad y oquedad, desde las múltiples contradicciones que genera.

Políticas del cuerpo

La fisura evoca, por otra parte, el órgano genital de las mujeres y observo, a través de los diversos trabajos, una dominancia y una transversalidad del concepto de cuerpo, aspecto que es advertido por las editoras en la introducción. El cuerpo, en muchos de los textos que aluden a él, queda signado como una dimensión que, ligada a la sexualidad y derechos reproductivos de las mujeres, puede cobrar la condición de indicador relevante para comprobar la existencia realizada de una democracia inclusiva de las mujeres. Los derechos sexuales y reproductivos constituyen permanentemente una falta en los gobiernos de la Concertación, y en tanto falta, paradójicamente, un excedente constante para nuevos impulsos políticos de las mujeres para la afirmación de derechos sexuales, opciones sexuales y derechos reproductivos, que dan un tipo de concreción particular a la libertad y la autonomía de las mujeres. Marisa Matamala, de manera certera, ve en la observancia de la realización de los derechos sexuales y reproductivos una manera de calibrar la actuación de los principios políticos de la democracia moderna pluralista. En tanto espacio discursivo y territorio de beligerancia de posturas y concepciones de la vida, de la sexualidad, de los derechos, de la reproducción, los derechos sexuales y

¹⁴ Esa comprensión del carácter paradójico de las acciones humanas, que puede ayudar en la comprensión del sentido de la fisura, la encontramos también en Simone de Beauvoir, para quien la misma condición de la existencia y de la moral solo pueden darse en las relaciones ambiguas y paradójicas del triunfo y del fracaso permanente de nuestras acciones, conceptos que deben haber sido parte del conocimiento feminista de Kirkwood, lectora de De Beauvoir.

reproductivos toman la forma de indicadores de las fuerzas políticas que dominan en nuestra sociedad, excluyentes de otras posiciones.

De acuerdo a los planteamientos de Matamala, Bachelet habría dado, en definitiva, continuidad a la “interdicción de los cuerpos” y la sexualidad de las mujeres, interdicción que formaría parte de los pactos políticos que se establecen con la derecha, porque en el seno mismo de la Concertación existe el puente que hace posible esa negociación para cancelar la discusión de una ley que despenalice el aborto, y otorgue a través del Estado condiciones de elección y extendida provisión de métodos anticonceptivos. Nuevamente, podríamos decir, las mujeres se ofrecen como dones entre los pactos de tradición masculina. Se pacta con los sectores conservadores de centro y de derecha y con la Iglesia, la que, junto con empresarios y militares, forman parte de los poderes fácticos conservadores de nuestra sociedad, como ha enunciado Tomás Moulián.

Los postulados políticos que se blanden no pasan, en definitiva y de manera radical, por los cuerpos de las mujeres y, al olvidarlos, la política de Bachelet queda en deuda con las mujeres, política reducida a un aspecto formal, restándosele la materialidad de los cuerpos. Matamala utiliza la expresión de cuerpo como “materialidad y proyecto” que parece muy productiva para la consideración de las políticas del cuerpo en el ejercicio de políticas de derechos que dejen abierto el espacio para las elecciones personales. Por su parte, Gloria Maira, declara como feminista que “la autonomía del cuerpo, la sexualidad y el control sobre la capacidad reproductiva son asuntos de democracia” (página 117), y de ciudadanía de mujeres (página 120).

Podríamos hacer un recorrido por los diversos abordajes que hace el libro respecto del concepto cuerpo, concepto que me resulta personalmente de interés. Para Teresa Cáceres, las características de Bachelet que podrían estar en otros presidenciales, como su condición de separada, agnóstica, socialista, “al estar encarnadas en cuerpo de mujer, potenciarían una debilidad, una diferencia, o en términos generales, una incógnita”; el cuerpo de Bachelet habría ofrecido, a juicio de Cáceres, “un flanco débil posible de atacar” y en esa debilidad “se intenta profundizar para develarla como inepta y/o peligrosa” por parte de sus oponentes. En Raquel Olea encontramos la apreciación de que Bachelet, “ha sabido inaugurar su propia corporalidad como espacio de acción política recurrente, imprimiéndole otros recorridos que lo sitúan innovadoramente en la civilidad al generar pactos comunes consigo misma, en su pluralidad identitaria” (página 25). Este aspecto de pluralidad identitaria, o de ampliación de género, que reconoce Olea en la figura de Bachelet, la lleva a afirmar un lugar de intersecciones que cancelarían la tan nítida asignación binaria de feminidad o masculinidad. Figura austera, que construye en su apariencia “una feminidad constreñida que permite visualizarla en un intersticio de lo

masculino del poder”. “Cuerpo neutralizado, afirma Olea, en su sexualidad explícita, masculinizado por la necesidad del rango” que realiza y evoca el paso militar en ciertas ceremonias oficiales. Sin embargo, algunos de los gestos corporales de Bachelet, según Olea articularían “su diferencia femenina en la voz, la mirada, la sonrisa el saludo” que la habrían configurado como “cálida y cercana” y fijado en un “liderazgo ambiguo y desprovisto de las marcas tradicionales del poder (masculino)” (página 31). Bachelet, de ese modo, no respondería como figura de poder, desde su propia corporalidad, a estereotipos femeninos o masculinos. En esta misma línea de considerar el propio cuerpo de Bachelet, Kemy Oyarzún lo considera bajo los signos de hibridación de género: “esa mano en el corazón se conjuga con el paso nítidamente marcial de su revisión de tropas” y, a su juicio, la presidenta habría sido capaz de expresar “una profunda y producida corporeidad de lo político, una audaz feminización del otrora masculino oficio de ejercer el poder”. Estas consideraciones dan cuenta de la complejidad para salirse de las codificaciones binarias masculino-femenino en las que parecemos quedar atrapadas en nuestras propias argumentaciones: diferencia femenina, feminización del poder, ampliación del género, entre otras expresiones. Hecho que, asumiéndolo, podría llevarnos a desafiar al pensamiento y a encontrar otras posibilidades de intelección que escapara de las rigidizaciones de la identidad de género tan demarcada en el par hombre y mujer, masculino y femenino.¹⁵

A Uca Silva, le interesa la representación e instalación medial de la figura de Bachelet que va a constituir, podríamos decir, otra materialidad, e interesa en su análisis mostrar cómo Bachelet a través de sus discursos intenta personificar a las mujeres logrando incluso, como efecto, una suerte de identificación corporal con ella, identificación que habría tenido su expresión en el momento de la celebración de la victoria presidencial de Bachelet por parte de niñas, jóvenes y mujeres, que repitieron en sus torsos la banda presidencial cruzada en el cuerpo de la presidenta electa, hecho que también destaca Olea.

¹⁵ Respecto de los desarrollos referidos, podría decirse que un cierto potencial político de la figura de Bachelet, que se valora positivamente, se relacionaría con lo andrógino, lo híbrido, lo interseco de una existente singular, que podría llevarnos a pensar en la extensión de necesarias políticas de androginización corporal y gestual que desordenaran el imaginario de las oposiciones binarias estereotipadas. Pero... ¿sería capaz de adherir o sostener la sociedad chilena a un presidente gay femenino o travesti o transformista o a una presidenta transexual, o lesbiana inseminada artificialmente, que revolucionarían de mayor manera los íconos de la representación sexual del poder? Hasta podría decirse que un cuerpo de mujer tiene posibilidad de ingreso al poder de representación más alta, en la medida que no olvida la identidad de género que por sexo le es asignada. En Bachelet tendríamos el juego doble en su figura de una feminidad masculinizada y de una masculinidad feminizada, en un cierto orden de género plausible.

En otro plano, el cuerpo de Bachelet queda también asociado, de acuerdo a Tamara Vidaurrázaga, a una “encarnación potencial de estos múltiples cuerpos femeninos que han batallado por la memoria durante la dictadura y los gobiernos de la concertación. Ella las representa por su propia historia, por el rol que le tocó jugar en democracia y por ser mujer. Bachelet mujer pasa a ser una caja-almacenamiento fundamental de la memoria y el Museo una existencia de este rol” (página 98). El cuerpo de Bachelet, materializaba, al decir de Vidaurrázaga “el respeto por las Fuerzas Armadas y la reivindicación de los derechos de las víctimas a contar con justicia”. Pero Bachelet en el discurso inaugural del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos no hace mención particularizada a las mujeres ni “como colectivo protagónico en los años de dictadura ni en el trabajo por la memoria” (página 105). A partir del texto de Vidaurrázaga podríamos considerar a Bachelet como una bisagra, que realiza la doble función de articular la persistencia de la memoria y ejecutar el cierre de ésta, en la medida que “a la vez que encarna en su figura el trabajo de las otras mujeres, las invisibiliza en su protagonismo” (página 105).

Modos de ejercer el poder

Bachelet podría ser considerada como una operadora político-cultural que a través de acciones políticas determinadas produce ciertos efectos indesmentibles, que al mismo tiempo dejan huella y dejan memoria de logros y fracasos.

Algunos de los textos del libro hacen evidente la ingeniería política que estuvo detrás de la elección de Bachelet por parte de la Concertación como candidata presidencial: figura de reconciliación, figura materna, carácter cercano y próximo, disposición para la apertura del espacio de participación, proximidad con las Fuerzas Armadas, sanadora, maltratada por la dictadura. También formaba parte del cálculo político, la modernización de la política, la vitalización de ésta trayendo un nuevo cuerpo en el rango presidencial, caso inédito en la política chilena.

Bachelet es, de algún modo, una figura trágica por la utilización a que se presta, entendemos, sin saberlo. De todas maneras, cabe preguntarse si Bachelet escapa a la utilización que se hizo de ella. Los pareceres severos anunciados en el libro no parecen pensar de manera positiva la respuesta. Esa condición trágica, que algunos textos señalan, da cuenta de la paradoja del éxito y el fracaso, la innovación y el desgaste (página 33).

La elección que se hace por Bachelet es doble: la elección que hace la Concertación como figura de posible triunfo, en su cálculo incluyente de las mujeres, y la elección efectiva que hacen las mujeres votando por ella. La adhesión de las mujeres a Bachelet

hace sentido por la proximidad que se produce por ciertos procesos de identificación relativos a ser madre soltera, sola, constructora de una familia que no queda ceñida al estereotipo de la tradición, que saca los hijos adelante. Sus ideas socialistas, su vínculo con la lucha contra la dictadura y la experiencia de represión vivida, su familia de origen dañada por la represión dictatorial, su identidad como librepensadora y agnóstica, logran hacerla elegible, incluso entre mujeres resistentes a otro gobierno de la Concertación. Una cierta imprevisibilidad de un gobierno conducido por primera vez por una mujer ligada a posiciones socialistas coadyuva a esa adhesión por parte de las mujeres. Y para muchas y muchos, la presencia de la mujer podría suavizar, al mismo tiempo, “los ángulos de las rígidas estructuras masculinas”¹⁶.

La figura de la madre

El conjunto de los textos se concentra también en el significante materno de la figura política de Bachelet y podríamos también recorrer el libro desde allí. Y en este punto encontramos dos miradas opuestas que quedarían de mayor manera desarrolladas en los textos de Raquel Olea y Marisa Matamala. El texto de Raquel Olea se resiste a concebir lo materno como lo que articularía la simbólica del poder de Bachelet y Matamala, por el contrario, inscribe a Bachelet en el imaginario mariano. Cito un par de textos que son representativos de esa diferencia:

“La simbólica de lo femenino se pone en crisis cuando la identidad femenina sale de los espacios privados y, particularmente, de la cuestión materna, para situarse en el reconocimiento del deseo de poder político y público”. “Ampliación de lo femenino personificado, entonces en la figura de Bachelet; ella concentra una mirada descentrada de la identidad de las mujeres históricamente fijada a la madre” (página 20) reflexiona Raquel Olea.

En cambio Matamala, considera que “la construcción de un modelo de autoridad relacional, que pudo confundirnos, apreciándolo como construido desde el affidamento entre mujeres. Hoy pienso que tuvo su base en la representación evocadora de la madre ética, cercana y justa, asentada en su biografía y en un código mariano; por lo tanto,

¹⁶ En este punto evoco a Simone de Beauvoir, quien utiliza esa expresión en *El segundo sexo*, refiriéndose a ciertos saberes de las mujeres respecto del hombre, de los hombres, saber aun en situación de no liberación. Afirma que la mujer “Sin dejar de inclinarse ante él (...) rechaza la seriedad de las rígidas arquitecturas masculinas, suaviza sus ángulos e introduce en ellas un lujo gratuito, una gracia imprevista”. De Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana 1999, pág. 233.

protectora y favorecedora desde arriba, atenta a las necesidades inmediatas de chilenas y chilenos” (página 164). Para Matamala, las políticas de protección social agenciadas por Bachelet (las de previsión y protección a la infancia), habrían sido reforzadoras de una cultura *maternalista*, más que a ser políticas empoderadoras de promoción y defensa de derechos.

Podríamos decir que irrumpe lo femenino en el poder, pero prontamente su condición de gobernanta queda significada en las lógicas de la protección, reducida Bachelet en su accionar político al significante materno, gracias a las mismas formas en que se agencia y tramita desde la concertación y de los medios de comunicación su figura, en cuyo efecto también incide ella misma a través de algunos de sus discursos. El problema es que Bachelet no permite el desplazamiento de la identificación de determinados atributos políticos de la figura maternal, atributos que bien podrían estar en todo o toda gobernante que pone énfasis en un modo de ejercer el poder cercano a la ciudadanía y en la asunción de responsabilidad estatal respecto de los excluidos, de una concepción de la política que radicalice la extensión de los derechos y de las responsabilidades públicas.

La reducción a la condición maternal reitera, entonces, la domesticidad de su accionar, y la posibilidad política de las condiciones de Bachelet son cercadas, en definitiva, en el imaginario materno.

Momento de cierre de la presentación

En el momento de cierre de esta presentación, insistiría en el valioso carácter heterogéneo de los textos, y las posibilidades de discusión y debate que ellos abren. Es esperable, que el libro circule ampliamente, provoque nuevas lecturas, comentarios, discusiones que permitan una comprensión de mayor espesor de los elementos y mecanismos que se pusieron en juego con Michelle Bachelet en la presidencia y las resonancias que eso tiene para la política y las prácticas políticas feministas que pueden poner en movimiento el porvenir feminista a través de nuestras propias acciones.

El libro puede contribuir, al desarrollo de mejores estrategias discursivas y comunicacionales, en la medida que nos entrega algunas piezas muy preciosas para alertarnos sobre la posible repetición de lo mismo. Pueden también concurrir estas elaboraciones discursivas a “plasmarse en propuestas públicas que vivan de la tensión

entre conflicto y afinidad”¹⁷ entre las distintas perspectivas feministas activadas en estos desarrollos conceptuales. No temer al conflicto entre feministas posicionándonos en nuestras diferencias, puede conllevar a un enriquecimiento y a una posible nueva articulación de las feministas en sus diferencias.

¹⁷ Vera, Antonieta. *Una crítica feminista a la Madre Pública Postdictatorial: los discursos de género en la campaña de Michelle Bachelet*. En Revista Nomadías N° 10, páginas 111-129. Año 2009.